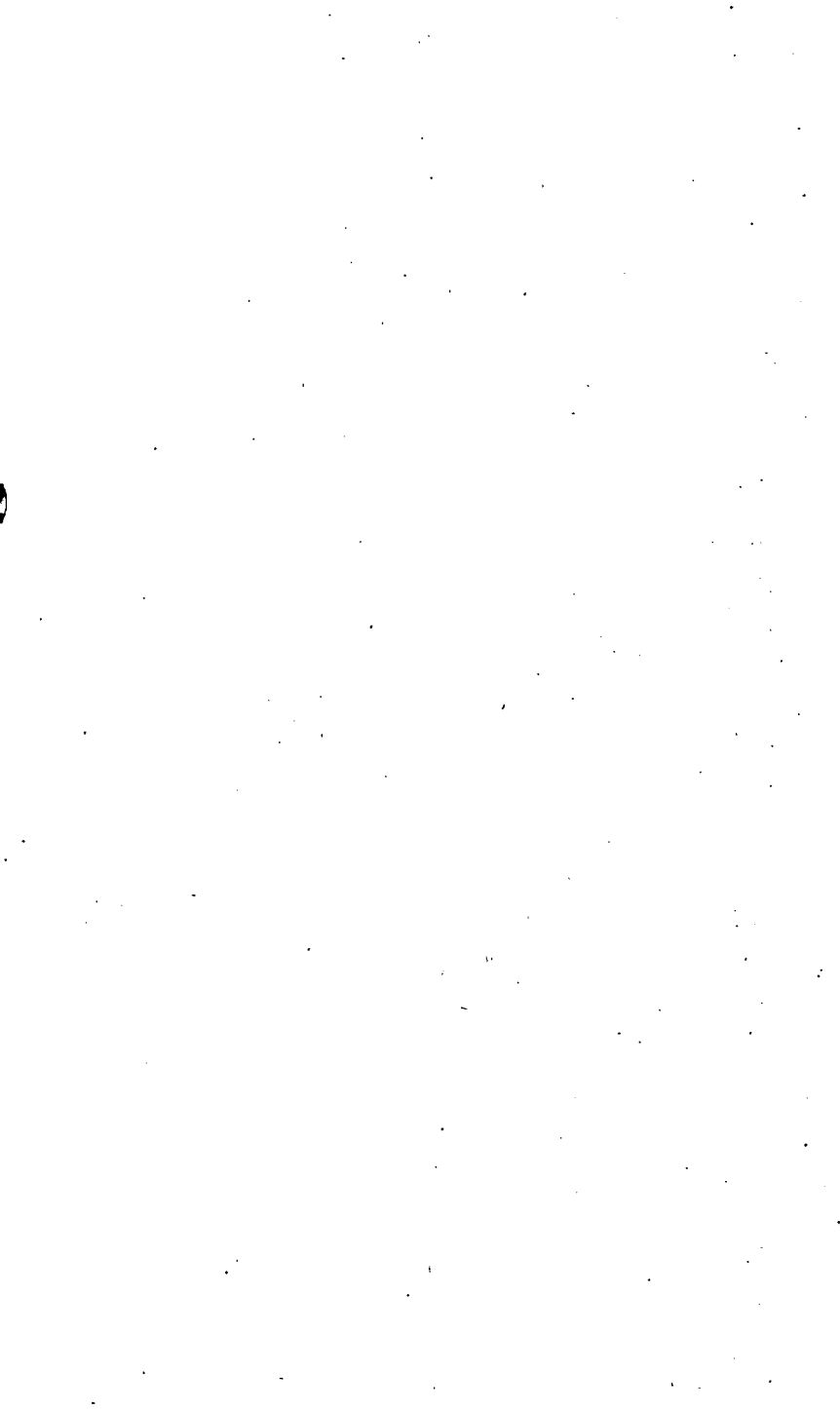


Caminar
de Henry
David
Thoreau



C A M I N A R



Caminar
de Henry
David
Thoreau

Traducción de Alicia Halcón

MMXXIII

IMPRONTA

CASA EDITORA

Titulo original: *Walking*
de Henry David Thoreau.

Grabados de J. Clemente Orozco Farías, pp. 4 y 59.
Traducción de Alexia Halteman.
Diseño editorial de Carlos Armenta.

Colección
impronta.minúscula

Primera edición: agosto 2014.
Segunda edición: septiembre 2023.

D.R. Impronta Casa Editora
Equivalencias Artísticas S.A. de C.V.
Penitenciaria 414, Col. Mexicaltzingo
Guadalajara, México. C.P. 44180
RFC: EAR141029A2A
improntacasaeditora.com

ISBN: 978-607-99585-0-3

Se permite la reproducción, redistribución,
remezcla, retoque, transformación de este libro
siempre y cuando se realice sin fines de lucro
y esta nota se mantenga.

Impreso y hecho en México.

A la memoria de Clemente

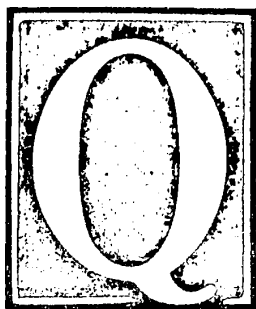
Caminar, en su versión manuscrita, al principio se tituló «Walking, or the Wild» (la segunda parte del título «Caminar, o lo Salvaje» parece haber sido olvidada, por negligencia o quizás a voluntad del autor, por todas las imprentas; tampoco se incluye en las pocas traducciones existentes y, por no interrumpir esta tradición —o traición—, se respeta este detalle en la presente edición, traducción de la casa). Este texto comenzó como una conferencia; aunque sea difícil imaginar a Thoreau, amante de la soledad, hablando frente a un público, debemos considerar que lo hacía con frecuencia —se pueden rastrear algunos rasgos de oralidad en sus textos—. Leído por primera vez el 23 de abril de 1852, *Caminar* se convirtió en uno de los discursos más repetidos por Thoreau a lo largo de la década de 1850. Al igual que otros en su época, como el mismo Emerson, Thoreau utilizaba sus instancias de oratoria para probar ideas y pulirlas hasta darles su forma apta para la publicación. Así, *Caminar* evolucionó en el ensayo que se publicó en la revista bostoniana *The Atlantic Monthly* en junio de 1862, un mes después de la muerte de su autor.

Aunque tardío, este texto se convirtió, para Thoreau y para su público, en una introducción al resto de su obra. Nos gustaría pensar que el autor consideró este texto como un brote medular de su pensamiento. En el manuscrito de 1852 de «Caminar, o lo Salvaje», en el borrador de lectura, había una nota escrita a lápiz justo arriba del título que leía: «Considero esto como un tipo de introducción a todo lo que pueda escribir de aquí

en adelante» (*I regard this as a sort of introduction to all that I may write hereafter*). Allí, en la pequeña anotación en lápiz que conocemos sólo a oídas —pues no hemos tenido el gusto de ver ese manuscrito que se guarda en una biblioteca de South Carolina—, está el lugar que Thoreau le daría a este texto híbrido dentro de la totalidad de su obra, o dentro de su obra venidera. *Caminar* adquiere el carácter de preámbulo a una obra literaria que quedó sin conocerse. Hacemos entrega de esta semilla del ideario de Thoreau, gran lector de la naturaleza y la ciencia botánica. De esta manera, a salvedad de ironías, quisiéramos que todo final fuera siempre un principio.

C A M I N A R





QUISIERA decir unas palabras a favor de la Naturaleza, de la libertad absoluta y lo salvaje, en contraposición a una libertad y una cultura meramente civiles –considerar al hombre como un habitante, como una parte o parcela de la Naturaleza, más que como un miembro de la sociedad–. Quisiera hacer una declaración extrema, si se me permite el énfasis, porque ya hay suficientes defensores de la civilización; el ministro y el comité de escuela y cada uno de ustedes se encargará de eso.

Me he encontrado con sólo una o dos personas en el curso de mi vida que entendieran el arte de Caminar, es decir, de hacer caminatas –quienes tenían un genio, por así decirlo, para *sauntering*¹, palabra que, de una manera hermosa, deriva de «gente ociosa que vagaba por el campo, en la Edad Media, y pedía caridad bajo

¹ Se decidió mantener aquí el término como aparece en el original, para que así la explicación que viene a continuación tenga sentido. En inglés, la palabra «sauntering», gerundio del verbo «saunter», puede traducirse como pasearse sin objetivo fijo, o bien, deambular. (Todas las notas: N. de la T.)

el pretexto de ir *à la Sainte Terre*», a la Tierra Santa, hasta que los niños exclamaban: «Ahí va un *Saint-Terrer*», un *Saunterer*, un Tierra-Santero—. Aquellos que nunca van a la Tierra Santa en sus caminatas, como lo pretenden, son en efecto meros ociosos y vagabundos; pero aquellos que sí van allí son *saunterers* en el buen sentido del término, el que yo le doy. Hay, sin embargo, quienes suponen que la palabra proviene de *sans terre*, sin tierra u hogar, lo que, en el sentido correcto, querrá decir que no se tiene un hogar en particular, pero se siente en casa en todos lados por igual. Pues éste es el secreto de un exitoso deambular. Aquél que todo el tiempo se queda quieto en casa puede ser el vagabundo más grande; pero el *saunterer*, en el buen sentido, no es más vagabundo que el río serpenteante que busca con dedicación el camino más corto hacia el mar. Pero yo prefiero la primera acepción, la que, en efecto, es el derivado más probable. Pues cada caminata es un tipo de cruzada, predicada por algún Pedro el Ermitaño en nosotros, para ir hacia delante y reconquistar la Tierra Santa de manos de los Infieles.

Es cierto, hoy en día no somos más que tímidos cruzados, incluso los caminantes, que no emprenden ninguna perseverante e interminable empresa. Nuestras expediciones son sólo giras, y regresamos por la noche al viejo hogar de donde salimos. La mitad del camino no es más que volver sobre nuestros propios pasos. Deberíamos emprender hasta la caminata más corta, quizá, con espíritu imperecedero de aventura, para no volver nunca —dispuestos a mandar de regreso nuestros corazones embalsamados como reliquias de nuestros propios reinos desolados—. Si estás preparado para dejar a padre y madre, a

hermano y hermana, a esposa, hijos y amigos, y no verlos más; si has pagado tus deudas, y hecho tu testamento, y puesto en orden tus asuntos, y si eres un hombre libre, entonces, estás listo para una caminata.

Para ceñirme a mi propia experiencia, mi compañero y yo —pues a veces tengo un compañero— disfrutamos imaginándonos miembros de una nueva orden, o mejor, de una orden antigua: no Ecuestres ni Caballeros, no *Ritters* ni Jinetes, sino Caminantes, una clase, confío, todavía más antigua y honorable. El espíritu caballeresco y heroico que alguna vez perteneció al Jinete parece ahora residir, o quizás ha caído hasta su fondo, en el Caminante —no el Caballero, sino el Caminante, el Errante—. Él es una especie de cuarto poder, más allá de Iglesia, Estado y Pueblo.

Hemos notado que, por la zona, practicamos este noble arte casi solos; aunque, a decir verdad, por lo menos si sus propias aseveraciones han de ser tomadas en cuenta, la mayor parte de mis vecinos caminarían con gusto de vez en cuando, como lo hago yo, pero no pueden. Ninguna fortuna es capaz de comprar el necesario tiempo libre, la libertad y la independencia que constituyen el capital de esta profesión. Se consigue sólo por la gracia de Dios. Se requiere un designio directo del Cielo para convertirse en caminante. Tienes que haber nacido en la familia de los Caminantes. *Ambulator nascitur, non fit*. Algunos de mis conciudadanos, es cierto, pueden recordar y me han descrito algunas caminatas que dieron hace diez años, en las cuales fueron tan dichosos como para perderse en el bosque durante media hora; pero yo sé muy bien que desde entonces se han

limitado a la carretera, aunque tengan pretensiones de pertenecer a esta selecta clase. Sin duda, por un momento se sintieron ascendidos como por reminiscencia de un estado previo de la existencia, en el que incluso ellos eran habitantes de los bosques y forajidos.

Al llegar al verde bosque,
una alegre mañana,
oyó las notas bajas,
de aves de canto festivo.

Hace mucho, dijo Robin,
que estuve aquí por último;
me quedo un rato a cazar,
a ese pardo venado.²

Creo que no puedo preservar mi salud y mi espíritu a menos de que pase mínimo cuatro horas diarias -y por lo regular es más que eso- deambulando por el bosque y por sobre colinas y campos, del todo libre de compromisos mundanos. Puedes decirme con confianza: «te doy un penique si me dices en qué estás pensando», o mil libras. Cuando a veces recuerdo que los mecánicos y los comerciantes se quedan en sus establecimientos no sólo toda la mañana, sino también toda la tarde, muchos de ellos sentados con las piernas cruzadas -como si las

² Fragmento de *A Gest of Robyn Hode*, poema anónimo inglés impreso entre 1492 y 1534.

piernas fueran para sentarse en ellas y no para estar de pie o para caminar— pienso que todos merecen algo de crédito por no haberse suicidado hace mucho tiempo.

Yo, que no me puedo quedar en mi habitación por un solo día sin por eso oxidarme y que cuando alguna vez me he robado tiempo para dar una caminata a última hora —a las cuatro, demasiado tarde ya para redimir el día, cuando las sombras de la noche empezaban a confundirse con la luz diurna— he sentido como si hubiera cometido algún pecado que debiera expiar, confieso estar asombrado por la capacidad de resistencia, por no mencionar la insensibilidad moral, de mis vecinos, que se confinan todo el día a talleres y oficinas durante semanas y meses, sí, e incluso años. No sé de qué pasta están hechos, sentados ahí ahora, a las tres de la tarde, como si fueran las tres de la mañana. Bonaparte podrá hablar de la valentía de las tres-en-punto-de-la-mañana, pero no es nada frente a la valentía de quien puede sentarse alegremente a la misma hora de la tarde por sobre y en contra de uno mismo, a quien ha estado tratando toda la mañana, intentando rendir por hambre una guarnición a la que uno está atado por fuertes lazos de simpatía. Pienso que a esta hora o, digamos, entre las cuatro y las cinco de la tarde, demasiado tarde para los periódicos matutinos y muy temprano para los vespertinos, no hay un estallido general que se oiga calle arriba y calle abajo, que esparza a los cuatro vientos una legión de nociones y caprichos anticuados y domésticos, para que se ventilen y, por lo tanto, el mal pueda curarse a sí mismo.

No sé cómo las mujeres, que están aún más confinadas a la casa que los hombres, lo soportan; pero tengo motivos para

sospechar que la mayoría de ellas no lo soportan en absoluto. Cuando, temprano en una tarde de verano, nos sacudimos el polvo del pueblo de los faldones de nuestras prendas, dándonos prisa al pasar aquellas casas con frentes puramente dóricos o góticos, que tienen tal aire de calma, mi compañero susurró que era probable que a esas horas sus residentes ya estuvieran en cama. Es entonces cuando aprecio la belleza y la gloria de la arquitectura, que en sí misma nunca se acuesta, sino que por siempre permanece erguida, vigilando a los que dormitan.

Sin duda, el temperamento y, sobre todo, la edad tienen mucho que ver con esto. En la medida en que un hombre envejece, aumenta su capacidad para quedarse quieto y llevar a cabo ocupaciones caseras. Se vuelve más vespertino en sus hábitos conforme se acerca la noche de la vida, hasta que, por fin, da un paso justo antes del atardecer y consigue caminar todo lo que necesita en media hora.

Pero el caminar del que yo hablo no está relacionado con el ejercicio, como se le suele llamar, como cuando los enfermos toman su medicina a horas indicadas —como el balancear pesas o sillas—; sino que es en sí mismo la empresa y la aventura del día. Si habrías de hacer ejercicio, ve a buscar los manantiales de la vida. ¡Piensa en un hombre que balancea pesas para conservar su salud, cuando aquellos manantiales borbotan en pastizales remotos que ni él mismo ha buscado!

Además, debes andar como un camello, del que se dice es la única bestia que rumia mientras anda. Cuando un viajero pidió a la sirvienta de Wordsworth que le mostrase el estudio de su

patrón, ella le contestó: «Aquí está su biblioteca, pero su estudio está al aire libre».

Vivir mucho al aire libre, al sol y al viento, sin duda producirá cierta rudeza de carácter —causará el crecimiento de una callosidad gruesa sobre algunas de las cualidades más finas de nuestra naturaleza, como sobre la cara y las manos, y, como el trabajo manual severo, le roba a las manos su delicadeza táctil—. Pero quedarse en casa, por otro lado, puede producir una suavidad y tersura, por no decir delgadez de piel, acompañadas de una aumentada sensibilidad ante ciertas impresiones. Quizá seríamos más susceptibles a algunas influencias importantes para nuestro crecimiento intelectual y moral si sobre nosotros el sol hubiera brillado y el viento hubiera soplado un poco menos; y no hay duda de que es una amable cuestión proporcionar de manera correcta la piel gruesa y la delgada. Pero parece que eso es una escama que se desprenderá lo suficientemente rápido, que el remedio natural se encuentra en la proporción de noche que puede aguantar el día; de invierno que puede aguantar el verano; de pensamiento, la experiencia. Habrá tanto más aire y brillo de sol en nuestros pensamientos. Las palmas callosas del trabajador están familiarizadas con los tejidos más finos del respeto propio y el heroísmo, cuyo tacto emociona al corazón más que los dedos lánguidos de la ociosidad. Aquello que queda encamado en el día y se piensa blanco es mero sentimentalismo, lejos de la piel tostada y de los callos de la experiencia.

Cuando caminamos, de modo natural vamos hacia los campos y los bosques: ¿qué sería de nosotros si sólo paseáramos por un jardín o por una alameda? Incluso algunas sectas de filósofos

han sentido la necesidad de llevar hasta sí el bosque, ya que no iban a él. «Plantaron arboledas y paseos de Plátanos», donde daban *subdiales ambulationes* en pórticos libres al aire. Desde luego no tiene caso dirigir nuestros pasos hacia el bosque, si no nos llevan allá. Me alarmo cuando ocurre que he caminado corporalmente una milla dentro del bosque, sin haber llegado allí en espíritu. En mi caminata de la tarde, de buena gana me olvidaría de todas mis ocupaciones matutinas y de mis obligaciones con la sociedad. Pero a veces sucede que no puedo sacudirme de manera fácil al poblado. Me viene a la mente el recuerdo de algún trabajo y ya no estoy donde mi cuerpo, sino fuera de mis sentidos. Me gustaría regresar a mis sentidos en esas caminatas. ¿Qué asunto tengo en el bosque, si estoy pensando en algo fuera del bosque? Sospecho de mí mismo, y no puedo evitar un estre-mecimiento, cuando me descubro implicado hasta en lo que llamamos buenos trabajos —pues esto a veces sucede.

Mis alrededores ofrecen muchas buenas caminatas; y aunque por tantos años he caminado casi diario, y algunas veces por varios días seguidos, aún no las he agotado. Una posibilidad del todo nueva es una gran felicidad, y todavía puedo conseguir esto cualquier tarde. Dos o tres horas de caminata me llevarán a una región tan extraña como jamás esperé ver. Cualquier casa de granja que no haya visto antes a veces agrada tanto como los dominios del Rey de Dahomey. Hay, incluso, cierta armonía descubrible entre las posibilidades del paisaje en un círculo de diez millas a la redonda —o los límites de una caminata vespertina— y los setenta años de vida humana. Nunca serán del todo familiar para nosotros.

Hoy día casi todas las llamadas mejoras del hombre, como la construcción de casas y la tala de bosques y de todos los árboles grandes, tan sólo deforman el paisaje, y lo vuelven cada vez más manso y vulgar. ¡Un pueblo que empezara por quemar las cercas y dejara al bosque en pie! Yo vi las cercas consumidas a medias, sus restos perdidos en el centro de la pradera, y algún avaro mundano cuidando sus límites con un agrimensor, mientras la gloria se manifestaba alrededor de él, y no vio los ángeles ir de un lado a otro, sino que buscaba un hoyo de poste en pleno paraíso. Miré de nuevo, y lo vi parado a medio pantano cenagoso y estigio, rodeado de diablos, y sin duda había encontrado la linde, tres piedrecillas, donde una estaca había estado clavada, y mirándolo de cerca, observé que el Príncipe de la Oscuridad era su agrimensor.

Saliendo de mi propia puerta, fácilmente puedo caminar diez, quince, veinte, cualquier número de millas, sin pasar ninguna casa, sin cruzar un camino, excepto los que hacen el zorro y el visón: primero a lo largo del río, luego, del arroyo, y luego, por el prado y el bosque. Hay en los alrededores millas cuadradas que no tienen habitantes. Desde muchas colinas puedo ver a lo lejos la civilización y las moradas del hombre. Los campesinos y sus trabajos son apenas más perceptibles que las mar-motas y sus madrigueras. El hombre y sus asuntos, la Iglesia y el Estado y la escuela, el intercambio y el comercio, y las industrias y la agricultura, hasta la política, el más alarmante de todos: me alegra ver cuan poco espacio ocupan en el paisaje. La política no es más que un angosto campo, al que se llega por un

camino aún más angosto. Hay veces que mando al viajero hacia allá. Si fueras al mundo político, sigue el gran camino —sigue a aquel mercader, mantén su polvo en tus ojos, y eso te conducirá directo allí, pues ello, también, tiene apenas su lugar y no ocupa todo el espacio—. Yo paso por él como paso de un campo de alubias al bosque, y lo olvido. En media hora puedo llegar a alguna porción de la superficie terrestre donde no se para un hombre de un fin de año al otro, y allí, por lo tanto, no hay política, pues ella no es más que el humo del cigarro de un hombre.

El pueblo, la villa, es el lugar a donde los caminos tienden, una especie de expansión de la carretera, como un lago respecto de un río. Es el cuerpo del que las carreteras son los brazos y piernas, —un sitio trivial o *quadrivial*, lugar de paso y fonda de viajeros—. La palabra proviene del latín *villa*, que junto con *vía*, camino, o más antiguamente *ved* y *vella*, Varrón lo deriva de *veho*, transportar, porque la villa es el lugar a donde, y desde donde, se transportan las cosas. Para aquellos que se ganaban la vida como arrieros se decía *vellaturam facere*. De ahí, también, la palabra latina *vilis* y nuestro «vil», y también «villano». Esto sugiere el tipo de degeneración que se relacionaba con los pueblerinos. Ellos están cansados del viajar que les pasa por un lado y por encima, aun sin tener que viajar.

Hay quien no camina nada; otros caminan por las carreteras; unos pocos cruzan lotes. Las carreteras se han hecho para los caballos y los hombres de negocios. Yo viajo por ellas relativamente poco, porque no tengo prisa en llegar a ninguna taberna o almacén o cuadra de alquiler o depósito al que lleven. Soy buen caballo de viaje, pero no por carretera. El paisajista usa

figuras humanas para indicar la carretera. La mía no serviría para tal propósito. Yo me adentro en la naturaleza, como lo hicieron los profetas y poetas antiguos, Manu, Moisés, Homero, Chaucer. Podrás llamar a esto América, pero no es América; ni Américo Vespucio, ni Colón, ni ninguno de los otros fueron sus descubridores. A mi parecer, hay una explicación más verdadera en la mitología que en las denominadas historias de América.

Sin embargo, existen unos pocos caminos viejos por los que se puede andar con provecho, como si condujeran a alguna parte, ahora que están discontinuados. Como el Viejo Camino de Marlborough, que, me parece, ya no va a Marlborough; a menos de que a donde me lleva sea a otro Marlborough. Hablar de ello aquí me hace más atrevido, pues supongo que hay uno o dos caminos tales en cada pueblo.

EL VIEJO CAMINO DE MARLBOROUGH

Donde una vez cavaron buscando dinero
pero ninguno encontraron:
donde a veces Martial Miles
desfila solo,
y Elijah Wood,
temo que no por bien alguno:
ningún otro hombre,
salvo Elisha Dugan,
—el de salvajes hábitos,
perdices y conejos,
que no tiene cuidados

más que de poner trampas,
que vive solo,
pegado al hueso,
y donde la vida es dulce,
seguido come-.

Cuando la primavera remueve mi sangre
con el instinto del viaje,
puedo lograr bastante grava
en el Viejo Camino de Marlborough.

Nadie lo repara,
pues nadie lo usa;
es un camino de vida,
como dicen los Cristianos.

No hay muchos
que vayan allí,
sólo los huéspedes
de Quin el irlandés.

¿Qué es, qué es,
sino una dirección
y la mera posibilidad
de ir a algún lugar?

Grandes letreros de piedra,
pero ningún viajero;
cenotafios de los pueblos
nombrados en sus coronas.

Vale la pena ir a ver
dónde podrías estar.

¿Qué rey

lo hizo,
aún me lo estoy preguntando,
construido cómo y cuándo,
por qué concejales,
Gourgas o Lee,
Clark o Darby?
Son un gran intento
por ser algo eterno;
lápidas en blanco de piedra,
donde un viajero podría gruñir
y en una frase
grabar todo lo conocido,
que otro podría leer,
en su necesidad extrema.
Yo sé de una o dos
líneas que servirían,
literatura que podría permanecer
sobre toda la tierra,
que un hombre podría recordar
hasta el próximo diciembre,
y leer de nuevo en primavera,
después del deshielo.
Si con antojo desplegado,
te vas de tu morada,
puedes dar la vuelta al mundo
por el Viejo Camino de Marlborough.

En la actualidad, en esta región, la mayor parte de la tierra no es de propiedad privada; el paisaje no tiene dueño y los caminantes gozan de libertad relativa. Pero acaso llegará el día en que sea dividido en supuestos terrenos de placer, donde sólo unos pocos obtendrán un placer restringido y exclusivo —cuando se hayan multiplicado las cercas, y cepos y otros ingenios hayan sido inventados para confinar al hombre a la carretera pública, y cuando caminar por la superficie de la tierra de Dios se interprete como invasión del terreno de algún caballero—. Disfrutar algo en exclusiva implica por lo general excluirte de su auténtico disfrute. Mejoremos nuestras oportunidades, entonces, antes de que lleguen los días aciagos.

¿Qué es lo que hace a veces tan difícil determinar a dónde caminaremos? Creo que en la Naturaleza hay un sutil magnetismo que, si cedemos de manera inconsciente a él, nos dirigirá por lo correcto. No nos es indiferente qué camino caminamos. Hay un camino adecuado; pero somos muy propensos, por negligencia y estupidez, a tomar el erróneo. Con gusto tomaríamos ese buen camino, nunca antes tomado por nosotros en el mundo actual, y que es perfectamente simbólico del sendero que amamos caminar en el mundo interior e ideal; y a veces, sin duda, hallamos difícil elegir nuestra dirección porque ella no existe con claridad en nuestra idea.

Cuando salgo de casa para caminar, sin estar seguro hacia dónde inclinaré mis pasos y sometién dome a mi instinto para que él decida, encuentro, extraño y caprichoso como parezca, que final e inevitablemente me dirijo al sudoeste, hacia un bosque o un prado o un pastizal abandonado o una colina

en esa dirección. Mi aguja es lenta en asentarse —varía unos cuantos grados, y no siempre apunta justo hacia el sudoeste, es cierto, tiene buena autoridad para esta variación, pero siempre se asienta entre el oeste y el sur-sudoeste—. El futuro para mí se encuentra en esa dirección, donde la tierra parece más inagotada y rica. El esquema que perfilaría mis caminatas no sería un círculo, sino una parábola, o más bien como esas órbitas cometarias que se han pensado como curvas de no-retorno, que en este caso se abren hacia el oeste y mi casa ocupa el lugar del sol. Doy vueltas y vueltas, irresoluto, a veces por un cuarto de hora, hasta que decido, por milésima vez, que caminaré hacia el sudoeste o el oeste. Hacia el este camino sólo a la fuerza; pero hacia el oeste camino libre. Allá no me lleva ningún asunto. Me es difícil creer que encontraré paisajes bellos o suficiente estado salvaje y libertad tras el horizonte oriental. No me emociona el prospecto de caminar hacia allá; pero creo que el bosque que veo en el horizonte occidental se extiende sin interrupciones hacia la puesta de sol, y no hay pueblos o ciudades en él de suficiente consecuencia para molestar-me. Déjame vivir donde quiera, en este lado está la ciudad, en aquél la naturaleza, y yo estoy dejando la ciudad más y más, y retirándome hacia la naturaleza. No haría tanto énfasis en este dato si no creyera que algo parecido es la tendencia predominante de mis compatriotas. Debo caminar hacia Oregon, y no hacia Europa. De esa manera la nación se está moviendo, y podría decir que la humanidad progresa de este a oeste. Dentro de unos pocos años hemos atestiguado el fenómeno de una migración hacia el sudoeste, en el asentamiento de Australia; pero esto nos afecta como un

movimiento retrógrado, y, juzgando por el carácter moral y físico de la primera generación de australianos, no se ha comprobado como un experimento exitoso. Los tártaros orientales piensan que al oeste del Tíbet no hay nada. «El mundo se acaba aquí», dicen; «más allá sólo hay un mar sin orilla». Es en el este absoluto donde ellos viven.

Vamos hacia el este para hacer historia y estudiar las obras de arte y literatura, desandando los pasos de la raza; vamos hacia el oeste como hacia el futuro, con espíritu emprendedor y aventurero. El Atlántico es una corriente letea, en nuestro paso por él hemos tenido oportunidad de olvidar el Viejo Mundo y sus instituciones. Si esta vez no tenemos éxito, quizá haya una sola ocasión más para la raza, antes de que llegue a las orillas de la Estigia: en el Leteo del Pacífico, que es tres veces más ancho.

No sé cuán significativo sea, o hasta qué punto es evidencia de singularidad, si un individuo coincide en sus caminatas más triviales con el movimiento general de la raza; pero sé que algo parecido al instinto migratorio de aves y cuadrúpedos—que, en ciertos casos, es conocido por haber afectado a una tribu de ardillas, empujándolas a un desplazamiento general y misterioso, durante el cual se les vio, dicen, cruzar los ríos más anchos, cada una sobre su propia rama, con la cola alzada como una vela, y tender puentes sobre arroyos más angostos con sus muertos—algo como ese furor que afecta al ganado doméstico en primavera, que se atribuye a un gusano en sus colas, afecta tanto a naciones como a individuos, ya sea siempre o de cuando en cuando. No hay bandada de gansos salvajes que grazne sobre nuestro pueblo, pero eso hasta cierto punto desestabiliza el valor

de los bienes inmuebles aquí, y, si yo fuera un agente comercial, es probable que tomaría en cuenta semejante disturbio.

Cuando muchos más parten en peregrinación
Y los viajeros buscan costas desconocidas.³

Cada atardecer que presencio me inspira el deseo de ir hacia un oeste tan lejano y tan bello como aquel en el que el sol se pone. Él parece migrar hacia el oeste cada día, y nos tienta a seguirlo. Es el Gran Pionero del Oeste al que siguen las naciones. Soñamos toda la noche con esas cadenas montañosas en el horizonte —aunque tal vez sean sólo vapor— que fueron por último doradas por sus rayos. La isla de Atlantis, y las islas y jardines de las Hespérides, una suerte de paraíso terrenal, parecen haber sido el Gran Oeste de los antiguos, envueltos en misterio y poesía. ¿Quién no ha visto en su imaginación, al contemplar el cielo del ocaso, los jardines de las Hespérides, y la fundación de todas esas fábulas?

Colón sintió la tendencia hacia el oeste más fuerte que cualquiera antes de él. La obedeció, y halló un Nuevo Mundo para Castilla y León. En aquellos días, el rebaño humano olió desde lejos pastizales frescos.

Y ahora el sol se ha estirado sobre las colinas,
Y ahora se dejó caer a la bahía occidental;

³Versos del prólogo de *The Canterbury Tales* de Geoffrey Chaucer, impreso por primera vez en 1478.

Al fin él se elevó, y crispó su azul manto; Mañana a bosques frescos y nuevas pasturas.⁴

¿Dónde en el mundo se puede encontrar un área tan extensa como la que ocupa el grueso de nuestros Estados, tan fértil y tan rica y variada en sus productos, y al mismo tiempo tan habitable para el europeo, tal como ésta? Michaux⁵, que sólo conocía una parte de ellas, dice que «las especies de árboles grandes son mucho más numerosas en América del Norte que en Europa; en Estados Unidos hay más de ciento cuarenta especies que exceden los treinta pies de altura; en Francia hay sólo treinta que logran este tamaño». Botánicos posteriores confirman sus observaciones. Humboldt⁶ vino a América para realizar sus sueños juveniles de una vegetación tropical, y la contempló en su mayor perfección en los bosques primitivos del Amazonas, la jungla más grande del mundo, que él ha descrito de manera tan elocuente. El geógrafo Guyot⁷, siendo europeo, va más lejos —más lejos de lo que yo estoy dispuesto a seguirle—; pero no cuando dice: «Así como la planta está hecha para el animal, como el

⁴ Últimos cuatro versos de *Lycidas* de John Milton, elegía pastoral escrita en 1637.

⁵ André Michaux (1746-1802), botánico francés, conocido por sus obras *Histoire des chênes de l'Amérique* (1801) y *Flora Boreali-Americana* (1803). Exploró el lado este de EE. UU.

⁶ Alexander von Humboldt (1769-1859), geógrafo, astrónomo, humanista y naturalista alemán que exploró y describió Centroamérica y Sudamérica.

⁷ Arnold Henry Guyot (1807-1884), geólogo y geógrafo suizo, vivió y murió en el este de EE. UU.

mundo vegetal está hecho para el mundo animal, América está hecha para el hombre del Viejo Mundo... el hombre del Viejo Mundo emprende su camino. Dejando las regiones montañosas de Asia, desciende de estación a estación hacia Europa. Cada uno de sus pasos está marcado por una nueva civilización superior a la precedente, por un mayor poder de desarrollo. Llegado al Atlántico, hace una pausa en la orilla de este desconocido océano, del cual no conoce los límites, y se voltea sobre sus huellas por un instante». Cuando ha agotado la rica tierra de Europa, infundiéndose un nuevo vigor, «entonces recommienza su carrera aventurera hacia el oeste como en los más tempranos tiempos». Tan lejos Guyot.

Del impulso occidental que entra en contacto con la barrera del Atlántico brotó el comercio y la empresa de los tiempos modernos. El joven Michaux⁸, en sus *Viajes al oeste de los Alleghenies en 1802*, dice que la pregunta común en el recién establecido Oeste era: «¿De qué parte del mundo has venido?» Como si esas regiones vastas y fértiles fueran por naturaleza el lugar de encuentro y el país común de todos los habitantes del planeta».

Para usar una obsoleta expresión latina, yo diría, *Ex Oriente lux; ex Occidente FRUX*. De Oriente, la luz; de Occidente, el fruto.

Sir Francis Head, un viajero inglés y Gobernador General de Canadá, nos dice que «en ambos hemisferios norte y sur del Nuevo Mundo, la Naturaleza no sólo ha bosquejado sus trabajos a una escala mayor, sino que ha pintado el cuadro completo con colores más luminosos y costosos de los que usó al delinear y embellecer el Viejo Mundo... El firmamento en América parece

⁸ François André Michaux (1770-1855), botánico francés, hijo de André Michaux.

infinitamente más alto, el cielo es más azul, el aire es más fresco, el frío es más intenso, la luna se ve más grande, las estrellas son más brillantes, los truenos son más fuertes, los relámpagos son más vívidos, el viento es más potente, la lluvia es más densa, las montañas son más altas, los ríos más largos, los bosques más grandes, las llanuras más amplias». Esta declaración será suficiente para al menos oponerse al informe de Buffon⁹ sobre este lado del mundo y sus producciones.

Linnaeus¹⁰ dijo hace mucho tiempo: «*Nescio quae facies laeta, glabra plantis Americanis*» (Niego qué hay de alegre y liso en las plantas americanas); y pienso que en este país no hay, o a lo mucho hay muy pocas, *Africanae bestiae*, bestias africanas, como las llamaban los romanos, y que en este sentido también se adecua de modo peculiar a la habitación del hombre. Nos dicen que dentro de las tres millas del centro de la ciudad del este-hindú, Singapur, algunos de sus habitantes son matados por tigres; pero el viajero se puede acostar en el bosque de noche en casi cualquier lugar de América del Norte sin temor de las bestias salvajes.

Estos son testimonios alentadores. Si la luna se ve más grande aquí que en Europa, es probable que el sol también se vea más grande. Si los cielos de América parecen infinitamente más altos, y las estrellas más brillantes, confío en que estos hechos son simbólicos de la altura a la que la filosofía, poesía y

⁹ Georges-Louis Leclerc, Conde de Buffon (1707-1788), naturalista, botánico, matemático, biólogo y astrólogo francés.

¹⁰ Carolus Linnaeus (1707-1778), científico, naturalista, botánico y zoólogo sueco que estableció el sistema de la nomenclatura binomial.

religión de sus habitantes podrían elevarse un día. En el futuro, tal vez, el inmaterial cielo aparecerá casi tan alto para la mente americana, y las insinuaciones que lo estrellan casi tan brillantes. Pues yo creo que el clima así reacciona en el hombre —hay algo en el aire de montaña que alimenta el espíritu e inspira—. ¿No crecerá el hombre hacia una mayor perfección tanto intelectual como física bajo estas influencias? ¿O tiene poca importancia cuántos días brumosos hay en su vida? Confío en que seremos más imaginativos, que nuestros pensamientos serán más claros, frescos, y más etéreos, como nuestro cielo; nuestro entendimiento más comprensivo y amplio, como nuestras llanuras; nuestro intelecto, por lo general, en una escala más imponente, como nuestros truenos y rayos, nuestros ríos, montañas y bosques; y nuestros corazones incluso corresponderán en extensión y profundidad y grandeza a nuestros mares interiores. Acaso aparecerá para el viajero algo, él no puede saber qué, de *laeta* y *glabra*, de alegre y sereno, en nuestras mismas caras. Si no, ¿con qué fin continúa el mundo, y por qué fue descubierta América?

A los americanos apenas les tengo que decir: «Hacia el oeste la estrella del imperio toma su camino».

Como un verdadero patriota, debería avergonzarme por pensar que Adán en el paraíso estuvo más favorablemente situado, dentro de todo, que un campesino en este país.

Nuestras simpatías en Massachusetts no se limitan a Nueva Inglaterra; aunque quizás estemos enajenados del Sur, simpatizamos con el Oeste. Allí es el hogar de los hijos más jóvenes,

como entre los escandinavos tomaron el mar para su herencia. Es muy tarde para estar estudiando hebreo; es más importante entender incluso el habla de hoy.

Hace algunos meses fui a ver el panorama del Rin. Era como un sueño de la Edad Media. Floté río abajo por su corriente histórica en algo más que imaginación, debajo de puentes contruidos por los romanos, y reparados por héroes posteriores, pasé por ciudades y castillos cuyos puros nombres eran música para mis oídos, y cada uno era sujeto de una leyenda. Estaban Ehrenbreitstein y Rolandseck y Coblenz, que conocía sólo por la historia. Eran ruinas que me interesaban en especial. Parecía que de sus aguas y colinas revestidas con vid y valles subía una música callada como de Cruzados partiendo hacia la Tierra Santa. Seguí flotando bajo un hechizo de encantamiento, como si hubiera sido transportado a una edad heroica, y respirado una atmósfera de caballería.

Pronto después me fui a ver el panorama del Mississippi, y me fui abriendo camino por el río en una luz como la de hoy, y vi buques de vapor alimentarse de madera, conté las crecientes ciudades, miré fijamente las ruinas frescas de Nauvoo, contemplé a los indios que se movían hacia el oeste a través del riachuelo, y, como antes miré hacia Mosela, ahora miré hacia Ohio y Missouri y escuché las leyendas de Dubuque y del risco de Wenona; —todavía pensando más en el futuro que en el pasado o el presente— vi que esto era un río Rin de otro tipo, que los cimientos de castillos estaban por colocarse, y los puentes famosos todavía estaban por ser lanzados sobre el río; y yo sentía que ésta era la

edad heroica en sí, aunque no lo sabemos, pues el héroe es, por lo general, el hombre más simple y oscuro.

El Oeste del que hablo no es sino otro nombre para lo Salvaje; y lo que me he estado preparando para decir es que en lo Salvaje está la preservación del Mundo. Cada árbol manda hacia adelante sus fibras en busca de lo Salvaje. Las ciudades lo importan a cualquier precio. Los hombres aran y navegan por ello. Del bosque y el monte vienen los tónicos y las cortezas que fortalecen a la humanidad. Nuestros ancestros fueron salvajes. La historia de Rómulo y Remo siendo amamantados por una loba no es una fábula que carece de sentido. Los fundadores de todo estado que se ha elevado hacia la eminencia han sacado su alimento y vigor de una similar fuente salvaje. Fue porque los hijos del Imperio no fueron amamantados por la loba que los conquistaron y desplazaron los hijos de los bosques del norte que sí lo fueron.

Yo creo en el bosque, en la pradera y en la noche en la que crece el maíz. Necesitamos una infusión de Tsuga de Canadá o de *arbor vitae* en nuestro té. Hay una diferencia entre comer y beber por energía o por mera glotonería. Los hotentotes devoran con impaciencia la médula cruda del kudú y otros antílopes, por costumbre. Algunos de nuestros indios del norte se comen la médula cruda de los renos árticos, así como varias otras partes, incluyendo los picos de sus cuernos, mientras sigan suaves. Y en esto, acaso, le han robado una marcha a los cocineros de París. Les toca lo que de ordinario alimenta al fuego. Es probable que

sea mejor hacer a un hombre de esto que de vaca engordada en establo o de puerco de matadero. Dame un salvajismo cuya mirada no pueda soportar ninguna civilización —como si viviéramos en la médula de los kudús devorada cruda.

Hay algunos intervalos, que bordean la variedad del zorzal maculado, a donde yo migraría —tierras silvestres donde ningún colonizador se ha asentado, a las que, me parece, ya estoy aclimatado.

El cazador africano Cumming nos dice que la piel del antílope eland común, así como la de la mayoría de antílopes recién matados, emite un singular y delicioso perfume de árboles y pastos. Yo tendría a cada hombre como a un antílope salvaje: tanto una parte y parcela de la naturaleza, que su misma persona debería así anunciarle de modo dulce su presencia a nuestros sentidos, y recordarnos de esas partes de la naturaleza que más frecuenta. No siento una disposición hacia lo satírico, ni con el abrigo del cazador que emite un olor a ratón almizclero: para mí ése es un aroma más dulce del que por lo regular espiran las ropas de los comerciantes o eruditos. Cuando entro a sus armarios y toco sus vestiduras, no me recuerdan a las llanuras pastosas ni las praderas floreadas que han frecuentado, sino a los polvosos intercambios mercantiles y librerías.

Una piel morena es algo más que respetable, y quizá el oliva sea un color más adecuado que el blanco para el hombre —un morador de los bosques—. «¡El pálido hombre blanco!», no dudo que el africano lo haya compadecido. Darwin el naturalista dice: «Un hombre blanco bañándose al lado de un tahitiano era como una planta decolorada por el arte del jardinero, comparada con

una fina, verde oscuro, creciendo de manera vigorosa en el campo abierto».

Ben Jonson" exclama: «¡Qué cercano a lo bueno está lo bello!».

Así que yo diría: «¡Qué cercano a lo bueno está lo salvaje!».

La vida concuerda con el salvajismo. Lo más vivo es lo más salvaje. Aún no sometido al hombre, su presencia lo refresca. Alguien que avanzara sin cesar, sin descansar nunca de sus labores, que creciera rápido y le planteara infinitas demandas a la vida, siempre se encontrará en un nuevo país o en un nuevo despoblado, rodeado de las materias primas de la vida. Treparía sobre los troncos delanteros de los árboles del bosque primitivo.

No hallo esperanza ni futuro para mí en céspedes y campos cultivados, ni en pueblos o ciudades, sino en pantanos impenetrables y movedizos. Cuando, antaño, analizaba mi predilección por alguna granja que había considerado comprar, descubría con frecuencia que lo único que me atraía eran unas pocas pérticas cuadradas de impenetrable e insondable ciénaga —un sumidero natural en una esquina—. Esa fue la joya que me deslumbró. Mi subsistencia proviene más de los pantanos que rodeaban mi pueblo natal que de los jardines cultivados en su interior. A mis ojos, no hay parterres más ricos que las densas camas de andrómeda enana (*Cassandra calyculata*) que cubren estas tiernas zonas de la superficie terrestre. La botánica no puede ir más allá de decirme los nombres de los arbustos que aquí crecen —arándano, andrómeda paniculada, kalmia, azalea y

" Ben Jonson (1572-1637), dramaturgo, poeta y actor inglés. La frase aquí referida abre el ensayo «Manners» de Ralph Waldo Emerson, incluido en su *Second series* de 1844.

rododendro— erguidos en el trémulo esfagno. A menudo pienso que me gustaría tener mi casa frente a esta masa de matas de un rojo apagado, sin cuadros o bordes de flores, sin la píceas transplantada ni el boj bien cuidado, incluso sin caminos de grava—tener esta parcela fértil debajo de mis ventanas implicaría traer de fuera no pocos barriles de tierra sólo para cubrir la arena que se sacó mientras se excavaba el sótano—. ¿Por qué no poner mi casa, mi salón, detrás de este terreno en lugar de tras esa exigua colección de curiosidades, ese pobre intento de Naturaleza y Arte al que llamo mi patio delantero? Es un esfuerzo ordenar y adecentar cuando el carpintero y el albañil se han ido, aunque si se hace es tanto para el transeúnte como para el habitante de la casa. Ni la cerca de mejor gusto me ha parecido nunca un grato objeto de estudio; los más elaborados ornamentos, los remates en bellota, o en lo que sea, pronto me cansaban y disgustaban. Lleven, pues, sus alféizares hasta la orilla del pantano (aunque quizá no sea el mejor lugar para un sótano seco), y así no habrá acceso para los ciudadanos por ese lado. Los patios delanteros no están hechos para caminarlos, sino, en todo caso, para cruzarlos; y podrías entrar por la parte trasera.

Sí, aunque me consideres perverso, si se me propusiera vivir en la vecindad del más hermoso jardín que jamás el arte humano haya ideado o cerca del Pantano Sombrío, sin duda me decidiría por el pantano. ¡Cuán vanas, pues, en lo que a mí respecta, han sido sus labores, ciudadanos!

Mis ánimos se elevan infalibles en proporción con la monotonía exterior. ¡Denme el océano, el desierto o las tierras incultas! En el desierto, el aire puro y la soledad compensan la falta de

humedad y fertilidad. El viajero Burton dice de ello: «Tu moral mejora; te vuelves franco y cordial, hospitalario y resuelto... En el desierto, los licores espirituosos sólo provocan asco. Hay un placer intenso en la mera existencia animal». Aquellos que han viajado mucho por las estepas de Tartaria dicen: «Al volver a tierras cultivadas, la agitación, la confusión y el tumulto de la civilización nos oprimía y sofocaba; el aire nos faltaba y sentíamos que a cada momento nos íbamos a morir de asfixia». Cuando quiero recreo, busco el bosque más oscuro, el más denso, interminable y —para el ciudadano— más funesto pantano. Entro al marjal como a un lugar sagrado, un *sanctum sanctorum*. Ahí está la fuerza, el meollo, de la Naturaleza. El bosque silvestre cubre el mantillo virgen y la misma tierra es buena para hombres y para árboles. La salud de un hombre requiere tantos acres de prado a su vista como su granja cargas de estiércol. Son carnes fuertes con las que se alimenta. Un pueblo se salva no tanto por sus hombres honrados como por los bosques y los pantanos que lo rodean. Un municipio donde un bosque primitivo se agita arriba mientras abajo otro bosque primitivo se descompone —ese pueblo está en condiciones de cultivar no sólo maíz y papas, sino también poetas y filósofos para los tiempos venideros—. En tierras así crecieron Homero y Confucio y el resto, y de tales zonas incultas llegó el Reformador comiendo langostas y miel silvestre.

Preservar animales salvajes implica, por lo general, la creación de un bosque para que ellos habiten o al que puedan recurrir. Así es con el hombre. Cien años atrás se vendían en nuestras calles corteza cortada de nuestros propios árboles. En

la apariencia misma de esos árboles primitivos y ásperos había, a mi parecer, un principio curtidor que endureció y consolidó las fibras de los pensamientos del hombre. ¡Ah! Ya me estremezco con estos días en comparación degenerados de mi pueblo natal, en el que ya no se puede conseguir una carga de corteza de buen espesor y en el que ya no producimos alquitrán ni trementina.

Las naciones civilizadas —Grecia, Roma, Inglaterra— han sido sustentadas por los bosques primitivos que se pudrían donde ellas se levantaban. Sobreviven sólo mientras su tierra no se agota. ¡Ay de la cultura humana! Poco se puede esperar de una nación cuando el suelo vegetal se agota, y se ve obligada a hacer abono de los huesos de sus padres. Allí el poeta se sustenta sólo de su propia grasa sobrante y el filósofo se queda en huesos, con tuétano.

Dicen que la labor del americano es «trabajar la tierra virgen», y que «aquí la agricultura ya alcanza proporciones desconocidas en cualquier otro lado». Pienso que el granjero desplaza al indio incluso porque redime la pradera, y así se hace más fuerte y, en algunos sentidos, más natural. El otro día estuve midiendo para un hombre una línea recta de 132 pérticas de largo a través de un pantano en cuya entrada pudieron haber estado escritas las palabras que Dante leyó sobre la entrada a las regiones infernales: «Abandonad toda esperanza los que entráis» —es decir, de jamás volver a salir—; allí en la propiedad donde en una ocasión vi a mi patrón sumergido hasta el cuello y nadando por su vida, aunque todavía era invierno. Tenía otro pantano similar que no pude medir para nada, pues estaba por completo bajo el agua y, sin embargo, con respecto al tercer pantano que sí medí a

distancia, me comentó, fiel a sus instintos, que no se desharía de él por ningún motivo, a causa del lodo que contenía. Y ese hombre pretende hacer una zanja que lo rodee todo, en el curso de cuarenta meses, y así redimirlo con la magia de su pala. Me refiero a él sólo como un tipo de una clase de hombre.

Las armas con las que hemos ganado nuestras victorias más importantes, que deberían legarse como reliquias familiares de padre a hijo, no son la espada y la lanza, sino la guadaña, el cortador de hierba, la pala y la azada para cieno, oxidados con la sangre de muchas praderas y ennegrecidos con el polvo de muchos campos de dura batalla. Los mismos vientos soplaron el maizal hacia la pradera, y señalaron el camino que los indios no tuvieron la habilidad para seguir. No tuvo mejor herramienta para afianzarse a la tierra que una concha de almeja. Pero el granjero está armado con arado y pala.

En literatura, sólo lo salvaje nos atrae. Lo aburrido es sólo otro nombre para la mansedumbre. Es el incivilizado, libre y salvaje pensamiento en *Hamlet* y en la *Iliada*, en todas las escrituras y mitologías no aprendidas en la escuela lo que nos deleita. Tal como el pato salvaje es más rápido y hermoso que el doméstico, también lo es el pensamiento salvaje —el ánade real— que vuela sobre la zona pantanosa mientras cae el rocío. Un libro en verdad bueno es algo tan natural, y tan inesperada e inexplicablemente bello y perfecto, como una flor silvestre descubierta en las praderas del Oeste o en las junglas del Este. El genio es una luz que hace visible a la oscuridad, como el destello del relámpago, que acaso haga añicos al templo mismo de la

sabiduría, y no una vela encendida en el hogar de una raza que empalidece ante la luz del día común.

La literatura inglesa, desde los días de los juglares hasta los poetas lakiístas¹² —Chaucer, Spenser, Milton y hasta Shakespeare— no sugiere ningún esfuerzo del todo fresco y, en este sentido, salvaje. Es una literatura domesticada y civilizada en esencia, que refleja a Grecia y a Roma. Su tierra yerma es un bosque verde; su hombre salvaje, un Robin Hood. Hay bastante amor cordial por la Naturaleza, pero no tanta Naturaleza propiamente dicha. Sus crónicas nos informan cuándo se extinguieron sus animales silvestres, pero no cuándo se extinguió el hombre salvaje que la habitaba.

La ciencia de Humboldt es una cosa, la poesía es otra. El poeta hoy en día, a pesar de todos los descubrimientos de la ciencia, y el conocimiento acumulado de la humanidad, no goza de ventaja sobre Homero.

¿Dónde está la literatura que le da expresión a la Naturaleza? Sería un poeta que pudiera impresionar a su favor a los vientos y corrientes, para que hablaran para él; que clavara las palabras a su sentido primitivo, como los granjeros clavan en primavera las estacas que la helada ha levantado; que rastreara el origen de sus palabras tan a menudo como las usara, transplantándolas a su página con tierra adherida a sus raíces; cuyas palabras fueran tan verdaderas y frescas y naturales que parecieran expandirse

¹² Los poetas lakiístas (Lake Poets) fueron un grupo de poetas ingleses que vivían en el Lake District, distrito del lago, de Inglaterra a principios del siglo XIX. Entre ellos se encuentran William Wordsworth, Samuel Taylor Coleridge y Robert Southey.

como brotes cuando se acerca la primavera, aunque quedaran medio sofocadas entre dos hojas rancias en una biblioteca, sí, florecer y traer frutos anuales para los suyos, para el fiel lector, en simpatía con la Naturaleza circundante.

No sé qué poesía citar que exprese de manera adecuada la añoranza de lo salvaje. Abordado desde este lado, la mejor poesía es mansa. No sé dónde encontrar una literatura, antigua o moderna, que de alguna manera me satisfaga de la Naturaleza que yo conozco. Percibirás que exijo algo que ninguna época neoclásica o isabelina, que ninguna cultura, en pocas palabras, puede dar. La mitología es lo que más se le aproxima. ¡Cuánto más fértil es la naturaleza, por lo menos, de las raíces de la mitología griega que de la literatura inglesa! La mitología es la cosecha que produjo el Viejo Mundo antes de que su tierra se agotara, antes de que su fantasía e imaginación se vieran afectadas por la plaga; y la cual todavía produce, dondequiera que su vigor prístino no haya disminuido. Las demás literaturas han perdurado sólo como los olmos que le hacen sombra a nuestras casas; pero ésta es como el gran árbol drago de las islas Hébridas Occidentales, tan viejo como la humanidad, y, prospere o no, perdurará tanto como ella; pues la descomposición de otras literaturas compone la tierra en la que crece.

El Oeste se está preparando para agregar sus fábulas a las del Este. Los valles del Ganges, el Nilo y el Rin han dado su cosecha; queda por ver qué producirán los valles del Amazonas, el Plata, el Orinoco, el San Lorenzo y el Mississippi. Quizá, cuando, con el paso del tiempo, la libertad americana se convierta en una ficción del pasado —como es, en cierto grado,

una ficción del presente— los poetas del mundo se inspiren en la mitología americana.

Ni los sueños más salvajes del hombre salvaje son menos verdaderos, aunque tal vez no se aconsejen para la común sensibilidad de los ingleses y americanos de hoy. No todas las verdades se aconsejan para el sentido común. La Naturaleza tiene un lugar para la clemátide silvestre tanto como para la col. Algunas expresiones de la verdad son nostálgicas —otras sólo sensatas, como suele decirse— y otras, proféticas. Algunas formas de la enfermedad pueden, incluso, profetizar las formas de salud. El geólogo ha descubierto que las figuras de serpientes, grifos, dragones voladores y otros embellecimientos fantásticos de la heráldica tienen sus prototipos en las formas de especies fosilizadas que se extinguieron antes de que el hombre fuera creado, y, por lo tanto, «indican un sutil y oscuro conocimiento de un estado previo de la existencia orgánica». Los hindúes soñaron que la tierra descansaba sobre un elefante, y el elefante sobre una tortuga, y la tortuga sobre una serpiente; y aunque quizá sea una coincidencia sin importancia, no estará fuera de lugar decir que recién fue descubierto en Asia un fósil de tortuga lo bastante grande como para sostener un elefante. Confieso que tengo una debilidad por estas fantasías salvajes que trascienden el orden del tiempo y la evolución. Son la recreación más sublime del intelecto. La perdiz ama los chícharos, pero no aquellos que se irán con ella a la cazuela.

En corto, todas las cosas buenas son salvajes y libres. Hay algo en unos compases musicales, ya sean producidos por un instrumento o por la voz humana —el sonido de una corneta

en una noche de verano, por ejemplo— que por su salvajismo, por hablar sin sátira, me recuerdan a los aullidos emitidos por bestias salvajes en sus bosques natales. Puedo entender mucho de su naturaleza. Denme por amigos y vecinos hombres salvajes, no hombres dóciles. La naturaleza del salvaje no es sino un tenue símbolo de la espantosa ferocidad que conocen los hombres buenos y los amantes.

Me encanta incluso ver a los animales domésticos reafirmar sus derechos natales, cualquier evidencia de que no han perdido por completo sus originales hábitos salvajes y su vigor; como cuando la vaca de mi vecino se escapa del pastizal a principios de primavera y nada audazmente a lo ancho del río, una corriente fría y gris, veinticinco o treinta pérticas hinchadas por la nieve derretida. Es el búfalo cruzando el Mississippi. A mis ojos, esta hazaña confiere cierta dignidad a la manada, ya dignificada de por sí. Las semillas del instinto están conservadas bajo las gruesas pieles de las reses y los caballos, como semillas en las entrañas de la tierra, por un periodo indefinido.

Cualquier actitud juguetona en el ganado es inesperada. Un día vi a una docena de bueyes y vacas corriendo y retozando, en voluminosa diversión, como ratas gigantes, o como gatitos. Sacudían la cabeza, levantaban sus colas, corrían por la colina, de un lado a otro, y noté por sus cuernos, como por su actividad, su relación con la tribu de venados. Pero, ¡ay!, un fuerte y repentino «¡so!» hubiera apagado el ardor de inmediato, los habría reducido de carne de venado a carne de vaca y endurecido sus lados y músculos, tanto como su locomoción. ¿Quién sino el Maligno le habrá gritado «¡so!» a la humanidad? En

efecto, la vida de las reses, como la de muchos hombres, no es más que una forma de locomoción; se mueven un costado a la vez, y el hombre, con su maquinaria, está encontrando al caballo y al buey a medio camino. Cualquier parte que la fusta haya tocado, queda a partir de entonces paralizada. ¿Quién pensaría en un flanco de cualquier flexible tribu de gatos como lo haría de un flanco de res?

Me regocijo de que los caballos y novillos tienen que ser domesticados antes de que puedan convertirse en esclavos del hombre, y que los mismos hombres cuando jóvenes se entregan a un comportamiento disoluto para luego volverse miembros sumisos de la sociedad. Sin duda, no todos los hombres resultan igual de adecuados para la civilización; y porque la mayoría, como los perros o borregos, son domésticos por disposición heredada, no es razón para que los otros deban domesticar sus naturalezas y ser reducidos al mismo nivel. Los hombres son en su mayoría parecidos, aunque se hicieron muchos para que pudieran ser variados. Si una tarea baja es la que debe ser realizada, un hombre servirá casi igual de bien que otro; si es una tarea alta, la excelencia individual debe ser tomada en cuenta. Cualquier hombre puede rellenar un hoyo para que no entre el viento, pero ningún otro hombre podría realizar una tarea tan poco común como pintar una ilustración. Confucio dice: «Cuando están curtidas, las pieles del tigre y el leopardo son como pieles de perro o de borrego». Pero no es parte de una cultura verdadera domesticar tigres, tanto como no lo es hacer feroces a los borregos; y curtir sus pieles para zapatos no es el mejor uso que se les puede dar.

Cuando reviso una lista de nombres propios en una lengua extranjera, como de oficiales del ejército o de autores que han escrito sobre algún tema en particular, recuerdo una vez más que no hay nada en un nombre. El nombre Menschikoff, por ejemplo, no me suena más humano que los bigotes de una rata. Así como nos suenan los nombres de polacos y rusos, los nuestros les suenan a ellos. Es como si hubieran sido nombrados con galimatías infantiles: *Iery wiedy ichery van, tittle-tol-tan*. Me viene a mente una manada de criaturas salvajes que pululan por la tierra, y a cada una el pastor le ha asignado algún sonido bárbaro en su propio dialecto. Los nombres de los hombres son, sin duda, tan vulgares y faltos de significado como *Bose* o *Tray*, los nombres de perros.

Pienso que sería ventajoso para la filosofía si a los hombres se les nombrara meramente en general, como se les conoce. Sólo sería necesario saber el género, y quizá la raza o variedad, para conocer al individuo. No estamos preparados para creer que cada soldado raso en el ejército romano tenía un nombre propio, porque no hemos supuesto que tenía un carácter propio.

Hoy en día, nuestros únicos nombres verdaderos son apodos. Conocí a un niño al que por su peculiar energía sus compañeros de juego llamaban Domador, y este apodo justamente suplantó su nombre cristiano. Algunos viajeros nos dicen que un indio no recibía un nombre desde el principio, sino que se lo ganaba, y su nombre era su fama; entre algunas tribus él adquiría un nuevo nombre con cada hazaña. Es lamentable cuando un hombre, que no ha ganado ni nombre ni fama, carga con un nombre por mera conveniencia.

No dejaré que meros nombres me impongan distinciones, sino que veré a todos los hombres en rebaños. Un nombre que me es familiar no puede hacer a un hombre menos extraño para mí; puede que le sea dado a un salvaje que mantiene en secreto su propio título silvestre ganado en el bosque. Tenemos un salvaje en nosotros, y un nombre salvaje quizás está registrado en algún lado como nuestro. Veo que mi vecino, que lleva el epíteto común William o Edwin, se quita su abrigo. No se adhiere a él cuando duerme o se enoja, o cuando despierta en él alguna pasión o inspiración. En un momento así, me parece oír su salvaje nombre originario, pronunciado por alguno de los suyos en una lengua enrevesada o melodiosa.

He aquí una vasta, salvaje, aulladora madre nuestra, la Naturaleza, que se extiende a nuestro alrededor, con tal belleza y afecto por sus hijos, como el leopardo; y aún así, qué pronto abandonamos su pecho para entregarnos a la sociedad, a esa cultura de interacción exclusiva entre hombre y hombre, un tipo de intracrianza que produce, cuando mucho, una nobleza inglesa, una civilización destinada a tener un límite de velocidad.

En la sociedad, en las mejores instituciones del hombre, es fácil detectar cierta precocidad. Cuando aún deberíamos ser niños en crecimiento, ya somos pequeños hombres. Denme una cultura que traiga mucho estiércol de las praderas, y ahonde la tierra, ¡no aquella que confía sólo en calentar el abono, en herramientas y métodos de cultivo mejorados!

Muchos pobres estudiantes de vista cansada de los que he oído hablar, crecerían más rápido, tanto intelectual como físicamente

si, en lugar de quedarse despiertos hasta tan tarde, se permitieran el dormir honesto de un tonto.

Puede haber un exceso hasta de luz informativa. Niépce, un francés, descubrió el actinismo, esa energía en los rayos del sol que produce un efecto químico; que actúa sobre las rocas de granito, estructuras pétreas y estatuas de metal que «son todas por igual influenciadas de manera destructiva durante las horas de sol, y, por provisiones de la Naturaleza no menos asombrosas, pronto perecerían bajo el delicado toque del más sutil de los agentes del universo». Pero él observó que «aquellos cuerpos sometidos a este cambio durante la luz del día poseían la facultad de reestablecerse a sus condiciones originales durante las horas nocturnas, cuando esa excitación ya no los influenciaba». Por lo tanto, se ha inferido que «las horas de oscuridad son tan necesarias para la creación inorgánica como sabemos que la noche y el sueño lo son para el reino orgánico». Ni siquiera la luna brilla cada noche, sino que le da su lugar a la oscuridad.

No me gustaría ver cultivados a todos los hombre, ni a cada parte de un hombre, como tampoco quisiera que cada acre de tierra lo estuviera: una parte debe ser de labranza, pero la parte mayor ha de destinarse a la pradera y el bosque, que no sólo tienen uso inmediato, sino que además preparan el suelo para el futuro distante con su descomposición anual de vegetación.

Un niño puede aprender otras letras de las que inventó Cadmo. Los españoles tienen un buen término para expresar este conocimiento salvaje y oscuro, *Gramática parda*, una forma de sentido común derivada del mismo leopardo al que he referido.

Hemos oído hablar de una Sociedad para la Difusión de Conocimiento Útil. Se dice que saber es poder y cosas por el estilo. Pienso que tenemos la misma necesidad de una Sociedad para la Difusión de Ignorancia Útil, a la que llamaremos Conocimiento Bello, un conocimiento útil en un sentido más alto: pues, ¿qué es la mayoría de nuestro alardeado y presunto conocimiento sino vanidad de que sabemos algo, lo que nos roba la ventaja de nuestra actual ignorancia? Lo que llamamos conocimiento con frecuencia es nuestra ignorancia positiva; y la ignorancia, nuestro conocimiento negativo. Con largos años de paciente industria y de leer periódicos —pues, ¿qué son las bibliotecas de ciencias sino archivos de periódicos?—, un hombre acumula una miríada de datos, los almacena en su memoria y luego, cuando en alguna primavera de su vida, deambula fuera hacia los Grandes Campos del pensamiento, él, por decirlo de alguna manera, va a pastrar como un caballo y deja su arnés en el establo. Yo, a veces, le diría a la Sociedad para la Difusión de Conocimiento Útil: vayan al pasto. Han comido heno suficiente tiempo. La primavera ha llegado con su verde cosecha. Hasta las vacas son conducidas a sus pastizales campestres antes del fin de mayo; aunque he oído de un granjero antinatural que guardó a su vaca en el establo y la alimentó sólo de heno todo el año. Así trata con frecuencia la Sociedad para la Difusión de Conocimiento Útil a su ganado.

La ignorancia de un hombre a veces no es sólo útil, sino hermosa, mientras su llamado conocimiento es, muchas veces, peor que inútil, y además feo. ¿Con quién es mejor tratar? ¿Con aquél que no sabe nada de un asunto y, lo que es muy raro, sabe

que no sabe nada, o con aquél que de verdad sabe algo al respecto, pero piensa que lo sabe todo?

Mi deseo de conocimiento es intermitente, pero mi deseo de bañar mi cabeza en atmósferas desconocidas para mis pies es perenne y constante. Lo más alto a lo que podemos aspirar no es la Sabiduría, sino a la Simpatía por la Inteligencia. No sé si esta sabiduría asciende a algo más definitivo que una novedosa y gran sorpresa con la repentina revelación de la insuficiencia de lo que llamábamos antes Sabiduría, descubrir que hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que nuestra filosofía sueña. Es la iluminación de la neblina por el sol. El hombre no puede saber en cualquier sentido más alto que éste, de la misma manera que no puede mirar serena, impune y directamente al sol: «No percibirás eso, si percibes una cosa en particular», dicen los oráculos caldeos.

Hay algo servil en el hábito de buscar una ley a la que podemos obedecer. Podemos estudiar las leyes de la materia a nuestra conveniencia, pero una vida exitosa no conoce ley. Ciertamente que es un descubrimiento desafortunado, el que haya una ley que nos sujete donde antes no sabíamos que estábamos sujetos. Vive libre, hijo de la neblina, y en cuanto a la sabiduría, todos somos hijos de la neblina. El hombre que se toma la libertad de vivir es superior a todas las leyes, en virtud a su relación con el legislador. «Es deber activo», dice el Visnu Purana, «aquello que no es esclavitud; es sabiduría aquello que sirve para nuestra liberación; todo otro deber es sólo bueno para fatigarnos; toda otra sabiduría es sólo el ingenio de un artista».

Es notable cuán pocos eventos o crisis hay en nuestras historias, qué poco hemos ejercitado nuestras mentes, cuán pocas experiencias hemos tenido. Me daría gusto estar asegurado de que crezco aprisa y con exuberancia, aunque el mismo crecimiento afectara esta insulsa ecuanimidad; aunque sea luchando durante noches largas, oscuras y bochornosas o durante temporadas de melancolía. Incluso estaría bien si nuestras vidas fueran una tragedia divina, en lugar de esta comedia trivial o farsa. Dante, Bunyan y otros parecen haber ejercitado su mente más que nosotros: estaban sujetos a un tipo de cultura que nuestras escuelas y universidades locales no contemplan. Inclusive Mahoma, aunque muchos griten ante su nombre, tenía mucho más por qué vivir, sí, y por qué morir, de lo que por lo regular tienen la mayoría de ellos.

Cuando, a intervalos escasos, algún pensamiento nos visita, quizá mientras caminamos por un ferrocarril, entonces, sin duda, pasan los vagones sin que los oigamos. Pero pronto, por alguna ley inexorable, nuestra vida pasa y los vagones vuelven.

Suave brisa, que vagas invisible,
Y doblas cardos alrededor del Loira de las tormentas,
Viajero de ventosos valles,
¿Por qué abandonaste mi oído tan pronto?

Aunque casi todos los hombres sienten una atracción por la sociedad, pocos son atraídos a la Naturaleza con fuerza. En su reacción ante la Naturaleza, la mayoría de los hombres me parecen, no obstante sus artes, inferior a los animales. No es con

frecuencia una bella relación, como en el caso de los animales. ¡Qué poca apreciación de la belleza del paisaje se da entre nosotros! Se nos tiene que decir que los griegos llamaban al mundo Cosmos, Belleza u Orden, pero no vemos con claridad por qué lo hacían, y a lo mucho lo consideramos sólo como un curioso dato filológico.

Por mi parte, siento que, respecto a la Naturaleza, vivo un tipo de vida fronteriza en los confines de un mundo al que sólo hago incursiones ocasionales y transitorias, y que mi patriotismo y lealtad hacia el estado en cuyo territorio parezco replegarme son los de un merodeador. Por la vida a la que llamo natural, seguiría con gusto hasta a un fuego fatuo entre inimaginables pantanos y fangales, pero ni luna ni luciérnaga alguna me han enseñado el camino hacia ella. La Naturaleza es una personalidad tan vasta y universal que nunca hemos visto uno de sus rasgos. Quien camina por los conocidos campos que se extienden alrededor de mi pueblo natal algunas veces se encuentra en otra tierra de la que está descrita en la escritura del dueño, como si estuviera en algún campo remoto en los confines del actual Concord, donde acaba su jurisdicción y la idea que evoca la palabra Concord dejara también de ser evocada. Estas granjas que yo mismo he medido, estos límites que yo he puesto, todavía aparecen, sutiles, como a través de una neblina; pero no tienen química que los fije, se desvanecen de la superficie del vidrio, y la imagen que trazó el pintor resalta debajo, vaga. El mundo que conocemos con familiaridad no deja trazo alguno, y no tendrá aniversario.

La otra tarde, di un paseo por la granja de Spaulding. Vi al sol poniente iluminar el lado opuesto de un imponente pinar. Sus rayos dorados se dispersaban por los corredores del bosque como por un noble vestíbulo. Me impresioné como si se hubiera asentado en esa parte de la tierra llamada Concord una antigua y por completo admirable y brillante familia —que yo desconocía—, para quien el sol era sirviente, ajena a la sociedad del pueblo, a la que nadie buscaba. Vi su parque, su jardín recreativo, más allá del bosque en el prado de arándanos de Spaulding. Los pinos les proporcionaban techo mientras crecían. Su casa no era obvia a la vista; los árboles crecían a través de ella. No sé si escuché o no los sonidos de una suprimida hilaridad. Parecían reclinarsen en los rayos de sol. Tienen hijos e hijas. Se les encuentra bastante bien. El camino del carro del granjero, que va por el centro de su salón, no los apaga en absoluto, como el fondo lodoso de una charca que a veces se ve a través de los cielos reflejados. Jamás oyeron hablar de Spaulding y no saben que es su vecino, no obstante lo oí silbar mientras llevaba su tiro por la casa. Nada puede igualar la serenidad de sus vidas. Su escudo de armas es un simple liquen. Lo vi pintado en los pinos y robles. Sus áticos estaban en las copas de los árboles. No son de ninguna política. No había ruidos de trabajo. No percibí que estuvieran tejiendo o hilando. Pero sí detecté, cuando el viento se calmaba y podía oír desde lejos, el dulce zumbido musical, más delicado de lo que puede imaginarse —como el de una colmena distante, en mayo—, que quizá era el sonido de su pensar. No tenían pensamientos ociosos, y nadie de fuera podía ver su obra, pues sus diligencias no estaban encerradas en nudos y excrecencias.

Pero encuentro difícil recordarlos. Se desvanecen irrevocables de mi mente incluso ahora, mientras hablo y me esfuerzo por recordarlos. Es sólo después de un largo y serio esfuerzo por recordar mis mejores pensamientos que me vuelvo consciente, de nuevo, de su cohabitación. Si no fuera por ciertas familias como ésta, creo que me mudaría de Concord.

En Nueva Inglaterra estamos acostumbrados a decir que cada año nos visitan menos palomas. Nuestros bosques no les proporcionan mástiles. De la misma manera, pareciera que cada año menos pensamientos visitan al hombre que está en edad de crecimiento, pues la arboleda de nuestras mentes ha sido devastada —vendida para alimentar fuegos innecesarios de ambición o mandada al molino— y apenas queda una ramita en que posarse. Ya no construyen ni crían entre nosotros. En épocas más cordiales, quizá pase revoloteando una tenue sombra por el paisaje de la mente, arrojada por las alas de algún pensamiento en su migración primaveral u otoñal, pero, volteando hacia arriba, somos incapaces de detectar la sustancia del pensamiento en sí. Nuestras ideas aladas se convierten en aves de corral. Ya no remontan el vuelo y llegan sólo a una grandeza de Shanghai o Cochinchina. ¡Aquellas «gra-a-andes ideas», aquellos «gra-a-andes hombres» de los que oímos hablar!

Abrazamos a la tierra, ¡qué pocas veces montamos! Pienso que podríamos elevarnos un poco más. Podríamos trepar un árbol, por lo menos. Una vez encontré mi propio valor subiéndome a uno. Era un pino alto y blanco, en la cima de una colina; aunque

me llené de resina, valió la pena, pues descubrí nuevas montañas en el horizonte que yo no había visto antes, gran parte más de la tierra y los cielos. Podría haber caminado al pie del árbol durante setenta años y con certeza nunca las habría visto. Pero, sobre todo, descubrí a mi alrededor —era a finales de junio— en las puntas de las ramas más altas, nada más, algunos diminutos y delicados brotes rojos en forma de cono, la flor fecunda del pino blanco que volteaba hacia el cielo. En seguida llevé al pueblo la rama más alta, y se la enseñé a los forasteros miembros del jurado, que caminaban por las calles —pues era la semana de tribunal— y a los granjeros, comerciantes de madera, leñadores y cazadores, y ni uno había visto algo parecido antes y se maravillaban como si fuera una estrella caída. ¡Y hablan de arquitectos antiguos terminando su trabajo en lo más alto de las columnas de manera tan perfecta como en las partes bajas y más visibles! Desde el principio la Naturaleza desplegó los brotes diminutos del bosque sólo hacia el cielo, por encima de las cabezas de los hombres e inadvertidos por ellos. Sólo vemos las flores que están debajo de nuestros pies en las praderas. Los pinos han germinado sus delicados brotes en las ramas más altas del bosque cada verano, desde hace una eternidad, tanto sobre las cabezas de los hijos rojos de la Naturaleza como sobre las de los hijos blancos; pero apenas un granjero o cazador del territorio los ha visto.

Sobre todo, no podemos permitirnos no vivir en el presente. Bendito sobre todos los mortales aquél que no pierde un momento de la vida que pasa en recordar el pasado. A menos de

que nuestra filosofía escuche a cada gallo cantar en cada corral del horizonte, ella estará atrasada. Un sonido suele recordarnos que nos oxidamos y anticuamos en nuestros empleos y hábitos de pensamiento. Su filosofía se ciñe a un tiempo más reciente que el nuestro. Sugiere un testamento novísimo, el evangelio según este momento. No se ha quedado atrás; se ha levantado temprano y ha mantenido el ritmo, y estar donde está significa ser oportuno, encontrarse en la primera fila del tiempo. Es la expresión de salud y solidez de la Naturaleza, un alarde dirigido a todo el mundo: salud que sale a chorro como un manantial, la fuente de las musas, para celebrar este último instante de tiempo. Donde él vive no se aprueban leyes contra esclavos fugitivos. ¿Quién no ha traicionado a su señor muchas veces desde la última ocasión en que oyó esa nota?

El mérito de la voz de este pájaro es su libertad de toda quejumbre. El cantante fácilmente nos puede llevar a lágrimas o risas, pero ¿dónde está aquél que puede suscitar en nosotros una alegría pura de mañana? Cuando, en tristes poblachos, rompiendo la terrible quietud de nuestra banqueta de madera un domingo, o, quizá, un espectador en la casa de luto, oigo a un gallo cantar cerca o lejos, pienso para mí: «Uno de nosotros está bien, en cualquier caso», y con una repentina efusión, vuelvo a mis sentidos.

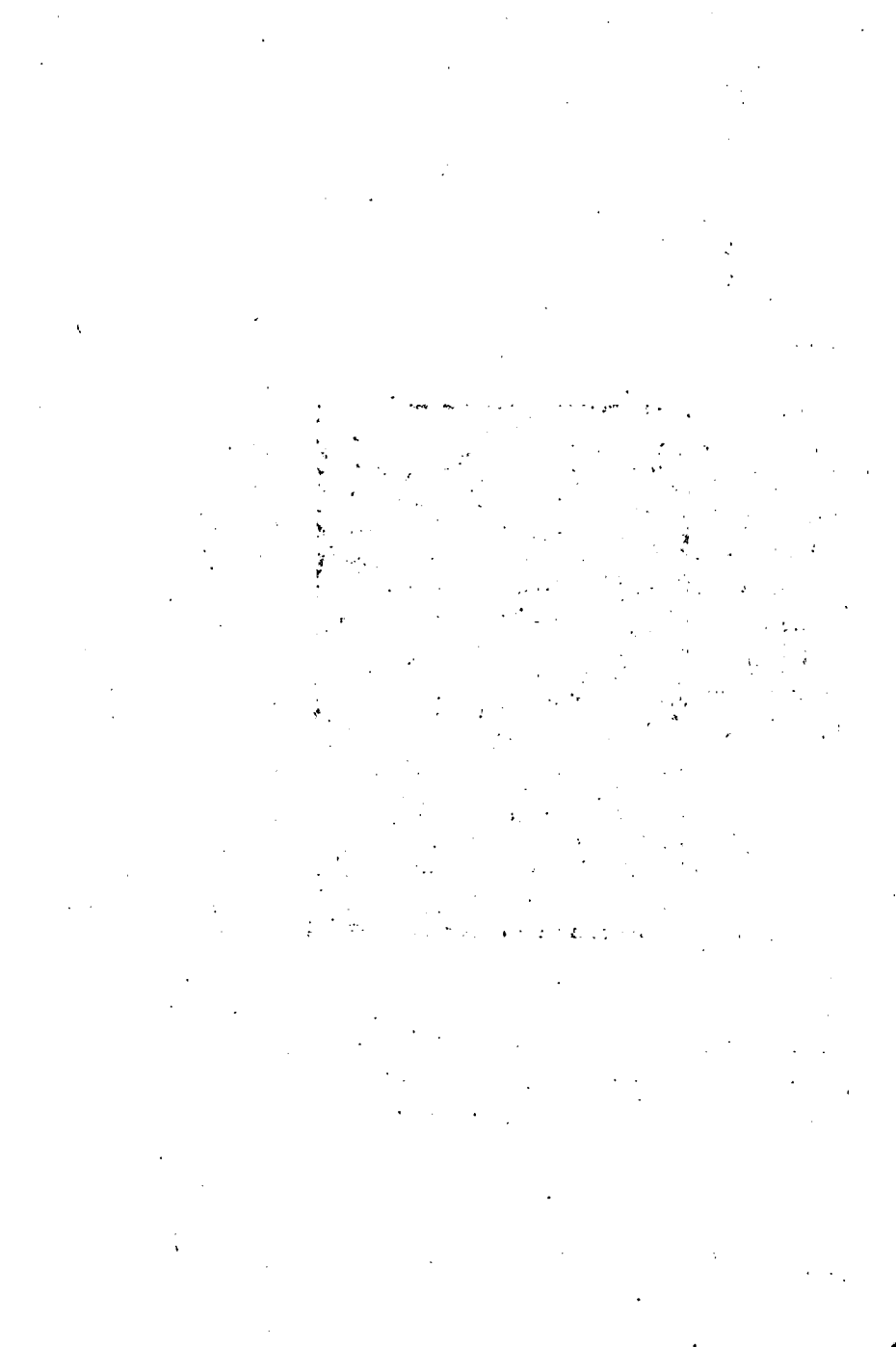
Tuvimos una notable puesta de sol un último día de noviembre. Estaba caminando por un prado en donde nace un pequeño arroyo, cuando el sol, justo antes de ponerse después de un día gris y frío, llegó a un estrato claro en el horizonte y la luz de sol mañanero más suave y brillante cayó en el pasto seco, y en los

troncos de los árboles en el horizonte opuesto, y en las hojas de los robles bajos de la ladera, mientras nuestras sombras se estiraban largas sobre el prado hacia el este, como si fuéramos las únicas motas en sus rayos. Fue una luz tal que no hubiéramos podido imaginar en el instante anterior, y el aire estaba también tan cálido y sereno que nada le hacía falta a ese prado para ser el paraíso. Cuando reflexionamos que eso no era un fenómeno solitario, a nunca repetirse, sino que pasaría por siempre, una infinidad de atardeceres, y alegraría y tranquilizaría al último niño que por ahí caminara, resultaba todavía más glorioso.

El sol se pone en algún prado retirado, donde ninguna casa es visible, con toda la gloria y el esplendor que colma a las ciudades, tal vez como nunca se ha puesto antes; donde no hay más que un solitario aguilucho pálido para que sus alas planeen en él, o sólo un ratón almizclero observa desde su cabaña, y hay algún pequeño arroyo de venas negras en medio de la ciénega que comienza a serpentear, enrollándose lento alrededor de un tocón en descomposición. Caminamos en una luz tan pura y resplandeciente, dorando el pasto y las hojas marchitas, tan tenue y serenamente luminoso, pensé que nunca me había bañado en tan dorada inundación, sin onda o murmullo en ella. El lado oeste de cada bosque y tierra elevada brillaba como la frontera del Eliseo, y el sol sobre nuestras espaldas parecía un delicado pastor conduciéndonos a casa por la tarde. .

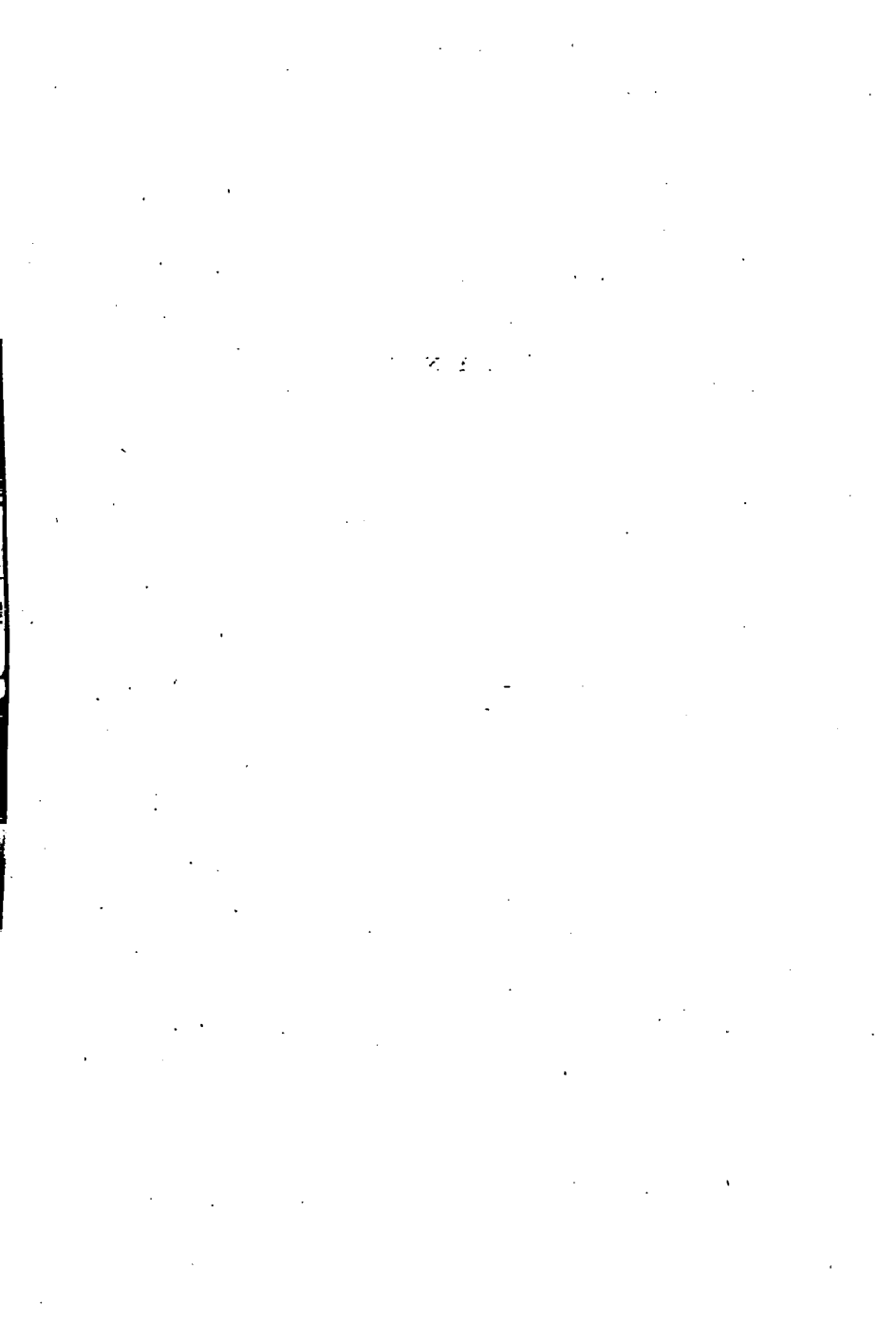
Así deambulamos hacia la Tierra Santa, hasta que un día el sol brille más que jamás lo haya hecho antes, tal vez en nuestras mentes y nuestros corazones, y nos ilumine la vida entera con una gran luz naciente, tan cálida y serena y dorada como la de una ribera en otoño.

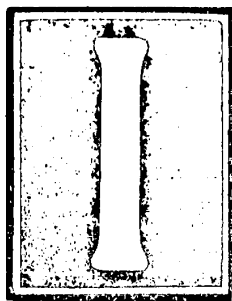




W A L K I N G







I WISH to speak a word for Nature, for absolute freedom and wildness, as contrasted with a freedom and culture merely civil—to regard man as an inhabitant, or a part and parcel of Nature, rather than a member of society. I wish to make an extreme statement, if so I may make an emphatic one, for there are enough champions of civilization: the minister and the school committee and every one of you will take care of that.

I have met with but one or two persons in the course of my life who understood the art of Walking, that is, of taking walks—who had a genius, so to speak, for *sauntering*, which word is beautifully derived “from idle people who roved about the country, in the Middle Ages, and asked charity, under pretense of going *a la Sainte Terre*,” to the Holy Land, till the children exclaimed, “There goes a *Sainte-Terrer*,” a Saunterer, a Holy-Lander. They who never go to the Holy Land in their walks, as they pretend, are indeed mere idlers and vagabonds; but they who do go there are saunterers in the good sense, such as I mean. Some, however, would derive the word from *sans terre* without land or a home, which, therefore, in the good sense, will mean,

having no particular home, but equally at home everywhere. For this is the secret of successful sauntering. He who sits still in a house all the time may be the greatest vagrant of all; but the saunterer, in the good sense, is no more vagrant than the meandering river, which is all the while sedulously seeking the shortest course to the sea. But I prefer the first, which, indeed, is the most probable derivation. For every walk is a sort of crusade, preached by some Peter the Hermit in us, to go forth and reconquer this Holy Land from the hands of the Infidels.

It is true, we are but faint-hearted crusaders, even the walkers, nowadays, who undertake no persevering, never-ending enterprises. Our expeditions are but tours, and come round again at evening to the old hearthside from which we set out. Half the walk is but retracing our steps. We should go forth on the shortest walk, perchance, in the spirit of undying adventure, never to return, prepared to send back our embalmed hearts only as relics to our desolate kingdoms. If you are ready to leave father and mother, and brother and sister, and wife and child and friends, and never see them again—if you have paid your debts, and made your will, and settled all your affairs, and are a free man—then you are ready for a walk.

To come down to my own experience, my companion and I, for I sometimes have a companion, take pleasure in fancying ourselves knights of a new, or rather an old, order—not Equestrians or Chevaliers, not Ritters or Riders, but Walkers, a still more ancient and honorable class, I trust. The Chivalric and heroic spirit which once belonged to the Rider seems now to reside in, or perchance to have subsided into, the Walker—not

the Knight, but Walker, Errant. He is a sort of fourth estate, outside of Church and State and People.

We have felt that we almost alone hereabouts practiced this noble art; though, to tell the truth, at least if their own assertions are to be received, most of my townsmen would fain walk sometimes, as I do, but they cannot. No wealth can buy the requisite leisure, freedom, and independence which are the capital in this profession. It comes only by the grace of God. It requires a direct dispensation from Heaven to become a walker. You must be born into the family of the Walkers. *Ambulator nascitur, non fit*. Some of my townsmen, it is true, can remember and have described to me some walks which they took ten years ago, in which they were so blessed as to lose themselves for half an hour in the woods; but I know very well that they have confined themselves to the highway ever since, whatever pretensions they may make to belong to this select class. No doubt they were elevated for a moment as by the reminiscence of a previous state of existence, when even they were foresters and outlaws.

When he came to grene wode,
In a mery mornynge,
There he herde the notes small
Of byrdes mery syngynge.

It is ferre gone, sayd Robyn,
That I was last here;

Me Lyſte a lytell for to shote
At the donne dere.

I think that I cannot preserve my health and spirits, unless I spend four hours a day at least—and it is commonly more than that—sauntering through the woods and over the hills and fields, absolutely free from all worldly engagements. You may safely say, A penny for your thoughts, or a thousand pounds. When sometimes I am reminded that the mechanics and shopkeepers stay in their shops not only all the forenoon, but all the afternoon too, sitting with crossed legs, so many of them—as if the legs were made to sit upon, and not to stand or walk upon—I think that they deserve some credit for not having all committed suicide long ago. I, who cannot stay in my chamber for a single day without acquiring some rust, and when sometimes I have stolen forth for a walk at the eleventh hour, or four o'clock in the afternoon, too late to redeem the day, when the shades of night were already beginning to be mingled with the daylight, have felt as if I had committed some sin to be atoned for—I confess that I am astonished at the power of endurance, to say nothing of the moral insensibility, of my neighbors who confine themselves to shops and offices the whole day for weeks and months, aye, and years almost together. I know not what manner of stuff they are of, sitting there now at three o'clock in the afternoon, as if it were three o'clock in the morning. Bonaparte may talk of the three-o'clock-in-the-morning courage, but it is nothing to the courage which can sit down cheerfully at this hour in the afternoon over against one's self whom you have known all

the morning, to starve out a garrison to whom you are bound by such strong ties of sympathy. I wonder that about this time, or say between four and five o'clock in the afternoon, too late for the morning papers and too early for the evening ones, there is not a general explosion heard up and down the street, scattering a legion of antiquated and house-bred notions and whims to the four winds for an airing—and so the evil cure itself.

How womankind, who are confined to the house still more than men, stand it I do not know; but I have ground to suspect that most of them do not *stand* it at all. When, early in a summer afternoon, we have been shaking the dust of the village from the skirts of our garments, making haste past those houses with purely Doric or Gothic fronts, which have such an air of repose about them, my companion whispers that probably about these times their occupants are all gone to bed. Then it is that I appreciate the beauty and the glory of architecture, which itself never turns in, but forever stands out and erect, keeping watch over the slumberers.

No doubt temperament, and, above all, age, have a good deal to do with it. As a man grows older, his ability to sit still and follow indoor occupations increases. He grows vespertinal in his habits as the evening of life approaches, till at last he comes forth only just before sundown, and gets all the walk that he requires in half an hour.

But the walking of which I speak has nothing in it akin to taking exercise, as it is called, as the sick take medicine at stated hours—as the Swinging of dumbbells or chairs; but is itself the enterprise and adventure of the day. If you would get exercise,

go in search of the springs of life. Think of a man's swinging dumbbells for his health, when those springs are bubbling up in far-off pastures unsought by him!

Moreover, you must walk like a camel, which is said to be the only beast which ruminates when walking. When a traveller asked Wordsworth's servant to show him her master's study, she answered, "Here is his library, but his study is out of doors."

Living much out of doors, in the sun and wind, will no doubt produce a certain roughness of character—will cause a thicker cuticle to grow over some of the finer qualities of our nature, as on the face and hands, or as severe manual labor robs the hands of some of their delicacy of touch. So staying in the house, on the other hand, may produce a softness and smoothness, not to say thinness of skin, accompanied by an increased sensibility to certain impressions. Perhaps we should be more susceptible to some influences important to our intellectual and moral growth, if the sun had shone and the wind blown on us a little less; and no doubt it is a nice matter to proportion rightly the thick and thin skin. But methinks that is a scurf that will fall off fast enough—that the natural remedy is to be found in the proportion which the night bears to the day, the winter to the summer, thought to experience. There will be so much the more air and sunshine in our thoughts. The callous palms of the laborer are conversant with finer tissues of self-respect and heroism, whose touch thrills the heart, than the languid fingers of idleness. That is mere sentimentality that lies abed by day and thinks itself white, far from the tan and callus of experience.

When we walk, we naturally go to the fields and woods: what would become of us, if we walked only in a garden or a mall? Even some sects of philosophers have felt the necessity of importing the woods to themselves, since they did not go to the woods. "They planted groves and walks of Platanes," where they took *subdiales ambulationes* in porticos open to the air. Of course it is of no use to direct our steps to the woods, if they do not carry us thither. I am alarmed when it happens that I have walked a mile into the woods bodily, without getting there in spirit. In my afternoon walk I would fain forget all my morning occupations and my obligations to Society. But it sometimes happens that I cannot easily shake off the village. The thought of some work will run in my head and I am not where my body is—I am out of my senses. In my walks I would fain return to my senses. What business have I in the woods, if I am thinking of something out of the woods? I suspect myself, and cannot help a shudder when I find myself so implicated even in what are called good works—for this may sometimes happen.

My vicinity affords many good walks; and though for so many years I have walked almost every day, and sometimes for several days together, I have not yet exhausted them. An absolutely new prospect is a great happiness, and I can still get this any afternoon. Two or three hours' walking will carry me to as strange a country as I expect ever to see. A single farmhouse which I had not seen before is sometimes as good as the dominions of the King of Dahomey. There is in fact a sort of harmony discoverable between the capabilities of the landscape within a circle of ten miles' radius, or the limits of an afternoon walk,

and the threescore years and ten of human life. It will never become quite familiar to you.

Nowadays almost all man's improvements, so called, as the building of houses and the cutting down of the forest and of all large trees, simply deform the landscape, and make it more and more tame and cheap. A people who would begin by burning the fences and let the forest stand! I saw the fences half consumed, their ends lost in the middle of the prairie, and some worldly miser with a surveyor looking after his bounds, while heaven had taken place around him, and he did not see the angels going to and fro, but was looking for an old post-hole in the midst of paradise. I looked again, and saw him standing in the middle of a boggy Stygian fen, surrounded by devils, and he had found his bounds without a doubt, three little stones, where a stake had been driven, and looking nearer, I saw that the Prince of Darkness was his surveyor.

I can easily walk ten, fifteen, twenty, any number of miles, commencing at my own door, without going by any house, without crossing a road except where the fox and the mink do: first along by the river, and then the brook, and then the meadow and the woodside. There are square miles in my vicinity which have no inhabitant. From many a hill I can see civilization and the abodes of man afar. The farmers and their works are scarcely more obvious than woodchucks and their burrows. Man and his affairs, church and state and school, trade and commerce, and manufactures and agriculture, even politics, the most alarming of them all—I am pleased to see how little space they occupy in the landscape. Politics is but a narrow field, and that

Still narrower highway yonder leads to it. I sometimes direct the traveller thither. If you would go to the political world, follow the great road, follow that market-man, keep his dust in your eyes, and it will lead you straight to it; for it, too, has its place merely, and does not occupy all space. I pass from it as from a bean field into the forest, and it is forgotten. In one half-hour I can walk off to some portion of the earth's surface where a man does not stand from one year's end to another, and there, consequently, politics are not, for they are but as the cigar-smoke of a man.

The village is the place to which the roads tend, a sort of expansion of the highway, as a lake of a river. It is the body of which roads are the arms and legs—a trivial or quadrivial place, the thoroughfare and ordinary of travellers. The word is from the Latin *villa* which together with *via*, a way, or more anciently *ved* and *vella*, Varro derives from *veho*, to carry, because the villa is the place to and from which things are carried. They who got their living by teaming were said *vel-laturam facere*. Hence, too, the Latin word *vilis* and our *vile*, also *villain*. This suggests what kind of degeneracy villagers are liable to. They are wayworn by the travel that goes by and over them, without traveling themselves.

Some do not walk at all; others walk in the highways; a few walk across lots. Roads are made for horses and men of business. I do not travel in them much, comparatively, because I am not in a hurry to get to any tavern or grocery or livery-stable or depot to which they lead. I am a good horse to travel, but not from choice a roadster. The landscape-painter uses the figures of

men to mark a road. He would not make that use of my figure. I walk out into a nature such as the old prophets and poets, Menu, Moses, Homer, Chaucer, walked in. You may name it America, but it is not America; neither Americus Vespucius, nor Columbus, nor the rest were the discoverers of it. There is a truer amount of it in mythology than in any history of America, so called, that I have seen.

However, there are a few old roads that may be trodden with profit, as if they led somewhere now that they are nearly discontinued. There is the Old Marlborough Road, which does not go to Marlborough now, me-thinks, unless that is Marlborough where it carries me. I am the bolder to speak of it here, because I presume that there are one or two such roads in every town.

THE OLD MARLBOROUGH ROAD

Where they once dug for money,
But never found any;
Where sometimes Martial Miles
Singly files,
And Elijah Wood,
I fear for no good:
No other man,
Save Elisha Dugan—
O man of wild habits,
Partridges and rabbits
Who hast no cares
Only to set snares,

Who liv' st all alone,
Close to the bone
And where life is sweetest

Constantly eatest.
When the spring stirs my blood
With the instinct to travel,
I can get enough gravel
On the Old Marlborough Road.

Nobody repairs it,
For nobody wears it;
It is a living way,
As the Christians say.
Not many there be
Who enter therein,
Only the guests of the
Irishman Quin.

What is it, what is it
But a direction out there,
And the bare possibility
Of going somewhere?

Great guide-boards of stone,
But travellers none;
Cenotaphs of the towns
Named on their crowns.

It is worth going to see
Where you might be.
What king
Did the thing,
I am still wondering;
Set up how or when,
By what selectmen,
Gourgas or Lee,
Clark or Darby?
They're a great endeavor
To be something forever;
Blank tablets of stone,
Where a traveller might groan,
And in one sentence
Grave all that is known
Which another might read,
In his extreme need.

I know one or two
Lines that would do,
Literature that might stand
All over the land
Which a man could remember
Till next December,
And read again in the spring,
After the thawing.

If with fancy unfurled
You leave your abode
You may go round the world
By the Old Marlborough Road.

At present, in this vicinity, the best part of the land is not private property; the landscape is not owned, and the walker enjoys comparative freedom. But possibly the day will come when it will be partitioned off into so-called pleasure-grounds, in which a few will take a narrow and exclusive pleasure only—when fences shall be multiplied, and man-traps and other engines invented to confine men to the *public* road, and walking over the surface of God's earth shall be construed to mean trespassing on some gentleman's grounds. To enjoy a thing exclusively is commonly to exclude yourself from the true enjoyment of it. Let us improve our opportunities, then, before the evil days come.

What is it that makes it so hard sometimes to determine whither we will walk? I believe that there is a subtle magnetism in Nature, which, if we unconsciously yield to it, will direct us aright. It is not indifferent to us which way we walk. There is a right way; but we are very liable from heedlessness and stupidity to take the wrong one. We would fain take that walk, never yet taken by us through this actual world, which is perfectly symbolical of the path which we love to travel in the interior and ideal world; and sometimes, no doubt, we find it difficult to choose our direction, because it does not yet exist distinctly in our idea.

When I go out of the house for a walk, uncertain as yet whither I will bend my steps, and submit myself to my instinct to decide for me, I find, strange and whimsical as it may seem, that I finally and inevitably settle southwest, toward some particular wood or meadow or deserted pasture or hill in that direction. My needle is slow to settle, varies a few degrees, and does not always point due southwest, it is true, and it has good authority for this variation, but it always settles between west and south-southwest. The future lies that way to me, and the earth seems more unexhausted and richer on that side. The outline which would bound my walks would be, not a circle, but a parabola, or rather like one of those cometary orbits which have been thought to be non-returning curves, in this case opening westward, in which my house occupies the place of the sun. I turn round and round irresolute sometimes for a quarter of an hour, until I decide, for a thousandth time, that I will walk into the southwest or west. Eastward I go only by force; but westward I go free. Thither no business leads me. It is hard for me to believe that I shall find fair landscapes or sufficient wildness and freedom behind the eastern horizon. I am not excited by the prospect of a walk thither; but I believe that the forest which I see in the western horizon stretches uninterruptedly toward the setting sun, and there are no towns nor cities in it of enough consequence to disturb me. Let me live where I will, on this side is the city, on that the wilderness, and ever I am leaving the city more and more, and withdrawing into the wilderness. I should not lay so much stress on this fact, if I did not believe that something like this is the prevailing tendency of

my countrymen. I must walk toward Oregon, and not toward Europe. And that way the nation is moving, and I may say that mankind progress from east to west. Within a few years we have witnessed the phenomenon of a southeastward migration, in the settlement of Australia; but this affects us as a retrograde movement, and, judging from the moral and physical character of the first generation of Australians, has not yet proved a successful experiment. The eastern Tartars think that there is nothing west beyond Thibet. "The world ends there," say they; "beyond there is nothing but a shoreless sea." It is unmitigated East where they live.

We go eastward to realize history and study the works of art and literature, retracing the steps of the race; we go westward as into the future, with a spirit of enterprise and adventure. The Atlantic is a Lethean stream, in our passage over which we have had an opportunity to forget the Old World and its institutions. If we do not succeed this time, there is perhaps one more chance for the race left before it arrives on the banks of the Styx; and that is in the Lethe of the Pacific, which is three times as wide.

I know not how significant it is, or how far it is an evidence of singularity, that an individual should thus consent in his pettiest walk with the general movement of the race; but I know that something akin to the migratory instinct in birds and quadrupeds—which, in some instances, is known to have affected the squirrel tribe, impelling them to a general and mysterious movement, in which they were seen, say some, crossing the broadest rivers, each on its particular chip, with its tail raised for a sail, and bridging narrower streams with their dead—that something

like the *furor* which affects the domestic cattle in the spring, and which is referred to a worm in their tails, affects both nations and individuals, either perennially or from time to time. Not a flock of wild geese cackles over our town, but it to some extent unsettles the value of real estate here, and, if I were a broker, I should probably take that disturbance into account.

Than longen folk to gon on pilgrimages,
And palmeres for to seken strange strondes.

Every sunset which I witness inspires me with the desire to go to a West as distant and as fair as that into which the sun goes down. He appears to migrate westward daily, and tempt us to follow him. He is the Great Western Pioneer whom the nations follow. We dream all night of those mountain-ridges in the horizon, though they may be of vapor only, which were last gilded by his rays. The island of Atlantis, and the islands and gardens of the Hesperides, a sort of terrestrial paradise, appear to have been the Great West of the ancients, enveloped in mystery and poetry. Who has not seen in imagination, when looking into the sunset sky, the gardens of the Hesperides, and the foundation of all those fables?

Columbus felt the westward tendency more strongly than any before. He obeyed it, and found a New World for Castile and Leon. The herd of men in those days scented fresh pastures from afar,

And now the sun had stretched out all the hills,
And now was dropped into the western bay;
At last he rose, and twitched his mantle blue;
Tomorrow to fresh woods and pastures new.

Where on the globe can there be found an area of equal extent with that occupied by the bulk of our States, so fertile and so rich and varied in its productions, and at the same time so habitable by the European, as this is? Michaux, who knew but part of them, says that "the species of large trees are much more numerous in North America than in Europe; in the United States there are more than one hundred and forty species that exceed thirty feet in height; in France there are but thirty that attain this size." Later botanists more than confirm his observations. Humboldt came to America to realize his youthful dreams of a tropical vegetation, and he beheld it in its greatest perfection in the primitive forests of the Amazon, the most gigantic wilderness on the earth, which he has so eloquently described. The geographer Guyot, himself a European, goes farther—farther than I am ready to follow him; yet not when he says: "As the plant is made for the animal, as the vegetable world is made for the animal world, America is made for the man of the Old World.... The man of the Old World sets out upon his way. Leaving the highlands of Asia, he descends from station to station towards Europe. Each of his steps is marked by a new civilization superior to the preceding, by a greater power of development. Arrived at the Atlantic, he pauses on the shore of this unknown ocean, the bounds of which he knows

not, and turns upon his footprints for an instant." When he has exhausted the rich soil of Europe, and reinvigorated himself, "then recommences his adventurous career westward as in the earliest ages." So far Guyot.

From this western impulse coming in contact with the barrier of the Atlantic sprang the commerce and enterprise of modern times. The younger Michaux, in his "Travels West of the Alleghanies in 1802," says that the common inquiry in the newly settled West was, "From what part of the world have you come?" As if these vast and fertile regions would naturally be the place of meeting and common country of all the inhabitants of the globe."

To use an obsolete Latin word, I might say, *Ex Oriente lux; ex Occidente FRUX*. From the East light; from the West fruit.

Sir Francis Head, an English traveller and a Governor-General of Canada, tells us that "in both the northern and southern hemispheres of the New World, Nature has not only outlined her works on a larger scale, but has painted the whole picture with brighter and more costly colors than she used in delineating and in beautifying the Old World.... The heavens of America appear infinitely higher, the sky is bluer, the air is fresher, the cold is intenser, the moon looks larger, the stars are brighter, the thunder is louder, the lightning is vivider, the wind is stronger, the rain is heavier, the mountains are higher, the rivers longer, the forests bigger, the plains broader." This statement will do at least to set against Buffon's account of this part of the world and its productions.

Linnaeus said long ago, "*Nescio quae facies laeta, glabra plantis Americanis*" (I know not what there is of joyous and smooth in the aspect of American plants); and I think that in this country there are no, or at most very few, *Africanae bestiae*, African beasts, as the Romans called them, and that in this respect also it is peculiarly fitted for the habitation of man. We are told that within three miles of the center of the East-Indian city of Singapore, some of the inhabitants are annually carried off by tigers; but the traveller can lie down in the woods at night almost anywhere in North America without fear of wild beasts.

These are encouraging testimonies. If the moon looks larger here than in Europe, probably the sun looks larger also. If the heavens of America appear infinitely higher, and the stars brighter, I trust that these facts are symbolical of the height to which the philosophy and poetry and religion of her inhabitants may one day soar. At length, perchance, the immaterial heaven will appear as much higher to the American mind, and the intimations that star it as much brighter. For I believe that climate does thus react on man—as there is something in the mountain air that feeds the spirit and inspires. Will not man grow to greater perfection intellectually as well as physically under these influences? Or is it unimportant how many foggy days there are in his life? I trust that we shall be more imaginative, that our thoughts will be clearer, fresher, and more ethereal, as our sky—our understanding more comprehensive and broader, like our plains—our intellect generally on a grander scale, like our thunder and lightning, our rivers and mountains and forests—and our hearts shall even correspond in breadth

and depth and grandeur to our inland seas. Perchance there will appear to the traveller something, he knows not what, of *laeta* and *glabra*, of joyous and serene, in our very faces. Else to what end does the world go on, and why was America discovered?

To Americans I hardly need to say, "Westward the star of empire takes its way."

As a true patriot, I should be ashamed to think that Adam in paradise was more favorably situated on the whole than the backwoodsman in this country.

Our sympathies in Massachusetts are not confined to New England; though we may be estranged from the South, we sympathize with the West. There is the home of the younger sons, as among the Scandinavians they took to the sea for their inheritance. It is too late to be studying Hebrew; it is more important to understand even the slang of today.

Some months ago I went to see a panorama of the Rhine. It was like a dream of the Middle Ages. I floated down its historic stream in something more than imagination, under bridges built by the Romans, and repaired by later heroes, past cities and castles whose very names were music to my ears, and each of which was the subject of a legend. There were Ehrenbreitstein and Rolandseck and Coblenz, which I knew only in history. They were ruins that interested me chiefly. There seemed to come up from its waters and its vine-clad hills and valleys a hushed music as of Crusaders departing for the Holy Land. I floated along under the spell of enchantment, as if I had been transported to an heroic age, and breathed an atmosphere of chivalry.

Soon after, I went to see a panorama of the Mississippi, and as I worked my way up the river in the light of today, and saw the steamboats wooding up, counted the rising cities, gazed on the fresh ruins of Nauvoo, beheld the Indians moving west across the stream, and, as before I had looked up the Moselle, now looked up the Ohio and the Missouri and heard the legends of Dubuque and of Wenona's Cliff—still thinking more of the future than of the past or present—I saw that this was a Rhine stream of a different kind; that the foundations of castles were yet to be laid, and the famous bridges were yet to be thrown over the river; and I felt that *this was the heroic age itself*, though we know it not, for the hero is commonly the simplest and obscurest of men.

The West of which I speak is but another name for the Wild; and what I have been preparing to say is, that in Wildness is the preservation of the World. Every tree sends its fibers forth in search of the Wild. The cities import it at any price. Men plow and sail for it. From the forest and wilderness come the tonics and barks which brace mankind. Our ancestors were savages. The story of Romulus and Remus being suckled by a wolf is not a meaningless fable. The founders of every state which has risen to eminence have drawn their nourishment and vigor from a similar wild source. It was because the children of the Empire were not suckled by the wolf that they were conquered and displaced by the children of the northern forests who were.

I believe in the forest, and in the meadow, and in the night in which the corn grows. We require an infusion of hemlock, spruce or arbor vitae in our tea. There is a difference between

eating and drinking for strength and from mere gluttony. The Hottentots eagerly devour the marrow of the koodoo and other antelopes raw, as a matter of course. Some of our northern Indians eat raw the marrow of the Arctic reindeer, as well as various other parts, including the summits of the antlers, as long as they are soft. And herein, perchance, they have stolen a march on the cooks of Paris. They get what usually goes to feed the fire. This is probably better than stall-fed beef and slaughterhouse pork to make a man of. Give me a wildness whose glance no civilization can endure—as if we lived on the marrow of koodoos devoured raw.

There are some intervals which border the strain of the wood thrush, to which I would migrate—wild lands where no settler has squatted; to which, methinks, I am already acclimated.

The African hunter Cummings tells us that the skin of the eland, as well as that of most other antelopes just killed, emits the most delicious perfume of trees and grass. I would have every man so much like a wild antelope, so much a part and parcel of nature, that his very person should thus sweetly advertise our senses of his presence, and remind us of those parts of nature which he most haunts. I feel no disposition to be satirical, when the trapper's coat emits the odor of musquash even; it is a sweeter scent to me than that which commonly exhales from the merchant's or the scholar's garments. When I go into their wardrobes and handle their vestments, I am reminded of no grassy plains and flowery meads which they have frequented, but of dusty merchants' exchanges and libraries rather.

A tanned skin is something more than respectable, and perhaps olive is a fitter color than white for a man—a denizen of the woods. "The pale white man!" I do not wonder that the African pitied him. Darwin the naturalist says, "A white man bathing by the side of a Tahitian was like a plant bleached by the gardener's art, compared with a fine, dark green one, growing vigorously in the open fields."

Ben Jonson exclaims, "How near to good is what is fair!"

So I would say, "How near to good is what is *wild*!"

Life consists with wildness. The most alive is the wildest. Not yet subdued to man, its presence refreshes him. One who pressed forward incessantly and never rested from his labors, who grew fast and made infinite demands on life, would always find himself in a new country or wilderness, and surrounded by the raw material of life. He would be climbing over the prostrate stems of primitive forest-trees.

Hope and the future for me are not in lawns and cultivated fields, not in towns and cities, but in the impervious and quaking swamps. When, formerly, I have analyzed my partiality for some farm which I had contemplated purchasing, I have frequently found that I was attracted solely by a few square rods of impermeable and unfathomable bog—a natural sink in one corner of it. That was the jewel which dazzled me. I derive more of my subsistence from the swamps which surround my native town than from the cultivated gardens in the village. There are no richer parterres to my eyes than the dense beds of dwarf andromeda (*Cassandra calyculata*) which cover these tender

places on the earth's surface. Botany cannot go farther than tell me the names of the shrubs which grow there—the high blueberry, panicked andromeda, lambkill, azalea, and rhodora—all standing in the quaking sphagnum. I often think that I should like to have my house front on this mass of dull red bushes, omitting other flower plots and borders, transplanted spruce and trim box, even graveled walks—to have this fertile spot under my windows, not a few imported barrowfuls of soil only to cover the sand which was thrown out in digging the cellar. Why not put my house, my parlor, behind this plot, instead of behind that meager assemblage of curiosities, that poor apology for a Nature and Art, which I call my front yard? It is an effort to clear up and make a decent appearance when the carpenter and mason have departed, though done as much for the passer-by as the dweller within. The most tasteful front-yard fence was never an agreeable object of study to me; the most elaborate ornaments, acorn tops, or what not, soon wearied and disgusted me. Bring your sills up to the very edge of the swamp, then (though it may not be the best place for a dry cellar), so that there be no access on that side to citizens. Front yards are not made to walk in, but, at most, through, and you could go in the back way.

Yes, though you may think me perverse, if it were proposed to me to dwell in the neighborhood of the most beautiful garden that ever human art contrived, or else of a Dismal Swamp, I should certainly decide for the swamp. How vain, then, have been all your labors, citizens, for me!

My spirits infallibly rise in proportion to the outward dreariness. Give me the ocean, the desert, or the wilderness! In the desert, pure air and solitude compensate for want of moisture and fertility. The traveller Burton says of it: "Your *morale* improves; you become frank and cordial, hospitable and single-minded.... In the desert, spirituous liquors excite only disgust. There is a keen enjoyment in a mere animal existence." They who have been traveling long on the steppes of Tartary say, "On re-entering cultivated lands, the agitation, perplexity, and turmoil of civilization oppressed and suffocated us; the air seemed to fail us, and we felt every moment as if about to die of asphyxia." When I would recreate myself, I seek the darkest woods the thickest and most interminable and, to the citizen, most dismal, swamp. I enter a swamp as a sacred place, a *sanctum sanctorum*. There is the strength, the marrow, of Nature. The wildwood covers the virgin mould, and the same soil is good for men and for trees. A man's health requires as many acres of meadow to his prospect as his farm does loads of muck. There are the strong meats on which he feeds. A town is saved, not more by the righteous men in it than by the woods and swamps that surround it. A township where one primitive forest waves above while another primitive forest rots below—such a town is fitted to raise not only corn and potatoes, but poets and philosophers for the coming ages. In such a soil grew Homer and Confucius and the rest, and out of such a wilderness comes the Reformer eating locusts and wild honey.

To preserve wild animals implies generally the creation of a forest for them to dwell in or resort to. So it is with man. A

hundred years ago they sold bark in our streets peeled from our own woods. In the very aspect of those primitive and rugged trees there was, methinks, a tanning principle which hardened and consolidated the fibers of men's thoughts. Ah! already I shudder for these comparatively degenerate days of my native village, when you cannot collect a load of bark of good thickness, and we no longer produce tar and turpentine.

The civilized nations—Greece, Rome, England—have been sustained by the primitive forests which anciently rotted where they stand. They survive as long as the soil is not exhausted. Alas for human culture! little is to be expected of a nation, when the vegetable mould is exhausted, and it is compelled to make manure of the bones of its fathers. There the poet sustains himself merely by his own superfluous fat, and the philosopher comes down on his marrow-bones.

It is said to be the task of the American "to work the virgin soil," and that "agriculture here already assumes proportions unknown everywhere else." I think that the farmer displaces the Indian even because he redeems the meadow, and so makes himself stronger and in some respects more natural. I was surveying for a man the other day a single straight line one hundred and thirty-two rods long, through a swamp at whose entrance might have been written the words which Dante read over the entrance to the infernal regions, "Leave all hope, ye that enter"—that is, of ever getting out again; where at one time I saw my employer actually up to his neck and swimming for his life in his property, though it was still winter. He had another similar swamp which I could not survey at all, because it was

completely under water, and nevertheless, with regard to a third swamp, which I did *survey* from a distance, he remarked to me, true to his instincts, that he would not part with it for any consideration, on account of the mud which it contained. And that man intends to put a girdling ditch round the whole in the course of forty months, and so redeem it by the magic of his spade. I refer to him only as the type of a class.

The weapons with which we have gained our most important victories, which should be handed down as heirlooms from father to son, are not the sword and the lance, but the bush-whack, the turf-cutter, the spade, and the bog hoe, rusted with the blood of many a meadow, and begrimed with the dust of many a hard-fought field. The very winds blew the Indian's cornfield into the meadow, and pointed out the way which he had not the skill to follow. He had no better implement with which to intrench himself in the land than a clam-shell. But the farmer is armed with plow and spade.

In literature it is only the wild that attracts us. Dullness is but another name for tameness. It is the uncivilized free and wild thinking in "Hamlet" and the "Iliad", in all the scriptures and mythologies, not learned in the schools, that delights us. As the wild duck is more swift and beautiful than the tame, so is the wild—the mallard—thought, which 'mid falling dews wings its way above the fens. A truly good book is something as natural, and as unexpectedly and unaccountably fair and perfect, as a wild-flower discovered on the prairies of the West or in the jungles of the East. Genius is a light which makes the darkness visible, like the lightning's flash, which perchance

shatters the temple of knowledge itself—and not a taper lighted at the hearthstone of the race, which pales before the light of common day.

English literature, from the days of the minstrels to the Lake Poets—Chaucer and Spenser and Milton, and even Shakespeare, included—breathes no quite fresh and, in this sense, wild strain. It is an essentially tame and civilized literature, reflecting Greece and Rome. Her wilderness is a greenwood,—her wild man a Robin Hood. There is plenty of genial love of Nature, but not so much of Nature herself. Her chronicles inform us when her wild animals, but not when the wild man in her, became extinct.

The science of Humboldt is one thing, poetry is another thing. The poet today, notwithstanding all the discoveries of science, and the accumulated learning of mankind, enjoys no advantage over Homer.

Where is the literature which gives expression to Nature? He would be a poet who could impress the winds and streams into his service, to speak for him; who nailed words to their primitive senses, as farmers drive down stakes in the spring, which the frost has heaved; who derived his words as often as he used them—transplanted them to his page with earth adhering to their roots; whose words were so true and fresh and natural that they would appear to expand like the buds at the approach of spring, though they lay half smothered between two musty leaves in a library—ay, to bloom and bear fruit there, after their kind, annually, for the faithful reader, in sympathy with surrounding Nature.

I do not know of any poetry to quote which adequately expresses this yearning for the Wild. Approached from this side, the best poetry is tame. I do not know where to find in any literature, ancient or modern, any account which contents me of that Nature with which even I am acquainted. You will perceive that I demand something which no Augustan nor Elizabethan age, which no culture, in short, can give. Mythology comes nearer to it than anything. How much more fertile a Nature, at least, has Grecian mythology its root in than English literature! Mythology is the crop which the Old World bore before its soil was exhausted, before the fancy and imagination were affected with blight; and which it still bears, wherever its pristine vigor is unabated. All other literatures endure only as the elms which overshadow our houses; but this is like the great dragon-tree of the Western Isles, as old as mankind, and, whether that does or not, will endure as long; for the decay of other literatures makes the soil in which it thrives.

The West is preparing to add its fables to those of the East. The valleys of the Ganges, the Nile, and the Rhine having yielded their crop, it remains to be seen what the valleys of the Amazon, the Plate, the Orinoco, the St. Lawrence, and the Mississippi will produce. Perchance, when, in the course of ages, American liberty has become a fiction of the past—as it is to some extent a fiction of the present—the poets of the world will be inspired by American mythology.

The wildest dreams of wild men, even, are not the less true, though they may not recommend themselves to the sense which is most common among Englishmen and Americans today. It is

not every truth that recommends itself to the common sense. Nature has a place for the wild clematis as well as for the cabbage. Some expressions of truth are reminiscent,—others merely *sensible*, as the phrase is,—others propheic. Some forms of disease, even, may prophesy forms of health. The geologist has discovered that the figures of serpents, griffins, flying dragons, and other fanciful embellishments of heraldry, have their prototypes in the forms of fossil species which were extinct before man was created, and hence “indicate a faint and shadowy knowledge of a previous state of organic existence.” The Hindus dreamed that the earth rested on an elephant, and the elephant on a tortoise, and the tortoise on a serpent; and though it may be an unimportant coincidence, it will not be out of place here to state, that a fossil tortoise has lately been discovered in Asia large enough to support an elephant. I confess that I am partial to these wild fancies, which transcend the order of time and development. They are the sublimest recreation of the intellect. The partridge loves peas, but not those that go with her into the pot.

In short, all good things are wild and free. There is something in a strain of music, whether produced by an instrument or by the human voice—take the sound of a bugle in a summer night, for instance—which by its wildness, to speak without satire, reminds me of the cries emitted by wild beasts in their native forests. It is so much of their wildness as I can understand. Give me for my friends and neighbors wild men, not tame ones. The wildness of the savage is but a faint symbol of the awful ferocity with which good men and lovers meet.

I love even to see the domestic animals reassert their native rights,—any evidence that they have not wholly lost their original wild habits and vigor; as when my neighbor's cow breaks out of her pasture early in the spring and boldly swims the river, a cold, gray tide, twenty-five or thirty rods wide, swollen by the melted snow. It is the buffalo crossing the Mississippi. This exploit confers some dignity on the herd in my eyes,—already dignified. The seeds of instinct are preserved under the thick hides of cattle and horses, like seeds in the bowels of the earth, an indefinite period.

Any sportiveness in cattle is unexpected. I saw one day a herd of a dozen bullocks and cows running about and frisking in unwieldy sport, like huge rats, even like kittens. They shook their heads, raised their tails, and rushed up and down a hill, and I perceived by their horns, as well as by their activity, their relation to the deer tribe. But, alas! a sudden loud *Whoa!* would have damped their ardor at once, reduced them from venison to beef, and stiffened their sides and sinews like the locomotive. Who but the Evil One has cried "Whoa!" to mankind? Indeed, the life of cattle, like that of many men, is but a sort of locomotiveness; they move a side at a time, and man, by his machinery, is meeting the horse and the ox halfway. Whatever part the whip has touched is thenceforth palsied. Who would ever think of a *side* of any of the supple cat tribe, as we speak of a *side* of beef?

I rejoice that horses and steers have to be broken before they can be made the slaves of men, and that men themselves have some wild oats still left to sow before they become submissive

members of society. Undoubtedly, all men are not equally fit subjects for civilization; and because the majority, like dogs and sheep, are tame by inherited disposition, this is no reason why the others should have their natures broken that they may be reduced to the same level. Men are in the main alike, but they were made several in order that they might be various. If a low use is to be served, one man will do nearly or quite as well as another; if a high one, individual excellence is to be regarded. Any man can stop a hole to keep the wind away, but no other man could serve so rare a use as the author of this illustration did. Confucius says, "The skins of the tiger and the leopard, when they are tanned, are as the skins of the dog and the sheep tanned." But it is not the part of a true culture to tame tigers, any more than it is to make sheep ferocious; and tanning their skins for shoes is not the best use to which they can be put.

When looking over a list of men's names in a foreign language, as of military officers, or of authors who have written on a particular subject, I am reminded once more that there is nothing in a name. The name *Menschikoff*, for instance, has nothing in it to my ears more human than a whisker, and it may belong to a rat. As the names of the Poles and Russians are to us, so are ours to them. It is as if they had been named by the child's rigmorle, *Iery fiery ichery van, tittle-tol-tan*. I see in my mind a herd of wild creatures swarming over the earth, and to each the herdsman has affixed some barbarous sound in his own dialect. The names of men are, of course, as cheap and meaningless as *Bose* and *Tray*, the names of dogs.

Methinks it would be some advantage to philosophy if men were named merely in the gross, as they are known. It would be necessary only to know the genus and perhaps the race or variety, to know the individual. We are not prepared to believe that every private soldier in a Roman army had a name of his own—because we have not supposed that he had a character of his own.

At present our only true names are nicknames. I knew a boy who, from his peculiar energy, was called "Buster" by his playmates, and this rightly supplanted his Christian name. Some travellers tell us that an Indian had no name given him at first, but earned it, and his name was his fame; and among some tribes he acquired a new name with every new exploit. It is pitiful when a man bears a name for convenience merely, who has earned neither name nor fame.

I will not allow mere names to make distinctions for me, but still see men in herds for all them. A familiar name cannot make a man less strange to me. It may be given to a savage who retains in secret his own wild title earned in the woods. We have a wild savage in us, and a savage name is perchance somewhere recorded as ours. I see that my neighbor, who bears the familiar epithet William or Edwin, takes it off with his jacket. It does not adhere to him when asleep or in anger, or aroused by any passion or inspiration. I seem to hear pronounced by some of his kin at such a time his original wild name in some jaw-breaking or else melodious tongue.

Here is this vast, savage, hovering mother of ours, Nature, lying all around, with such beauty, and such affection for her

children, as the leopard; and yet we are so early weaned from her breast to society, to that culture which is exclusively an interaction of man on man—a sort of breeding in and in, which produces at most a merely English nobility, a civilization destined to have a speedy limit.

In society, in the best institutions of men, it is easy to detect a certain precocity. When we should still be growing children, we are already little men. Give me a culture which imports much muck from the meadows, and deepens the soil—not that which trusts to heating manures, and improved implements and modes of culture only!

Many a poor sore-eyed student that I have heard of would grow faster, both intellectually and physically, if, instead of sitting up so very late, he honestly slumbered a fool's allowance.

There may be an excess even of informing light. Niépce, a Frenchman, discovered "actinism," that power in the sun's rays which produces a chemical effect; that granite rocks, and stone structures, and statues of metal "are all alike destructively acted upon during the hours of sunshine, and, but for provisions of Nature no less wonderful, would soon perish under the delicate touch of the most subtle of the agencies of the universe." But he observed that "those bodies which underwent this change during the daylight possessed the power of restoring themselves to their original conditions during the hours of night, when this excitement was no longer influencing them." Hence it has been inferred that "the hours of darkness are as necessary to the inorganic creation as we know night and sleep are to the

organic kingdom." Not even does the moon shine every night, but gives place to darkness.

I would not have every man nor every part of a man cultivated, any more than I would have every acre of earth cultivated: part will be tillage, but the greater part will be meadow and forest, not only serving an immediate use, but preparing a mould against a distant future, by the annual decay of the vegetation which it supports.

There are other letters for the child to learn than those which Cadmus invented. The Spaniards have a good term to express this wild and dusky knowledge, *Gramática parda*, tawny grammar, a kind of mother-wit derived from that same leopard to which I have referred.

We have heard of a Society for the Diffusion of Useful Knowledge. It is said that knowledge is power, and the like. Methinks there is equal need of a Society for the Diffusion of Useful Ignorance, what we will call Beautiful Knowledge, a knowledge useful in a higher sense: for what is most of our boasted so-called knowledge but a conceit that we know something, which robs us of the advantage of our actual ignorance? What we call knowledge is often our positive ignorance; ignorance our negative knowledge. By long years of patient industry and reading of the newspapers—for what are the libraries of science but files of newspapers?—a man accumulates a myriad facts, lays them up in his memory, and then when in some spring of his life he saunters abroad into the Great Fields of thought, he, as it were, goes to grass like a horse and leaves all his harness behind in the stable. I would say to the Society for the Diffusion

of Useful Knowledge, sometimes,—Go to grass. You have eaten hay long enough. The spring has come with its green crop. The very cows are driven to their country pastures before the end of May; though I have heard of one unnatural farmer who kept his cow in the barn and fed her on hay all the year round. So, frequently, the Society for the Diffusion of Useful Knowledge treats its cattle.

A man's ignorance sometimes is not only useful, but beautiful—while his knowledge, so called, is oftentimes worse than useless, besides being ugly. Which is the best man to deal with—he who knows nothing about a subject, and, what is extremely rare, knows that he knows nothing, or he who really knows something about it, but thinks that he knows all?

My desire for knowledge is intermittent, but my desire to bathe my head in atmospheres unknown to my feet is perennial and constant. The highest that we can attain to is not Knowledge, but Sympathy with Intelligence. I do not know that this higher knowledge amounts to anything more definite than a novel and grand surprise on a sudden revelation of the insufficiency of all that we called Knowledge before—a discovery that there are more things in heaven and earth than are dreamed of in our philosophy. It is the lighting up of the mist by the sun. Man cannot *know* in any higher sense than this, any more than he can look serenely and with impunity in the face of the sun: "You will not perceive that, as perceiving a particular thing," say the Chaldean Oracles.

There is something servile in the habit of seeking after a law which we may obey. We may study the laws of matter at and

for our convenience, but a successful life knows no law. It is an unfortunate discovery certainly, that of a law which binds us where we did not know before that we were bound. Live free, child of the mist—and with respect to knowledge we are all children of the mist. The man who takes the liberty to live is superior to all the laws, by virtue of his relation to the law-maker. "That is active duty," says the Vishnu Purana, "which is not for our bondage; that is knowledge which is for our liberation: all other duty is good only unto weariness; all other knowledge is only the cleverness of an artist."

It is remarkable how few events or crises there are in our histories, how little exercised we have been in our minds, how few experiences we have had. I would fain be assured that I am growing apace and rankly, though my very growth disturb this dull equanimity—though it be with struggle through long, dark, muggy nights or seasons of gloom. It would be well if all our lives were a divine tragedy even, instead of this trivial comedy or farce. Dante, Bunyan, and others appear to have been exercised in their minds more than we: they were subjected to a kind of culture such as our district schools and colleges do not contemplate. Even Mahomet, though many may scream at his name, had a good deal more to live for, aye, and to die for, than they have commonly.

When, at rare intervals, some thought visits one, as perchance he is walking on a railroad, then, indeed, the cars go by without his hearing them. But soon, by some inexorable law, our life goes by and the cars return.

Gentle breeze, that wanderest unseen,
And bendeſt the thiſtles round Loira of ſtorms,
Traveller of the windy glens,
Why haſt thou left my ear ſo ſoon?

While almoſt all men feel an attraction drawing them to ſociety, few are attracted ſtrongly to Nature. In their reaction to Nature men appear to me for the moſt part, notwithſtanding their arts, lower than the animals. It is not often a beautiful relation, as in the caſe of the animals. How little appreciation of the beauty of the land-ſcape there is among us! We have to be told that the Greeks called the world Κόσμος, Beauty, or Order, but we do not ſee clearly why they did ſo, and we eſteem it at beſt only a curious philological fact.

For my part, I feel that with regard to Nature I live a ſort of border life, on the confines of a world into which I make occaſional and tranſient forays only, and my patriotiſm and allegiance to the ſtate into whoſe territories I ſeem to retreat are thoſe of a moſs-trooper. Unto a life which I call natural I would gladly follow even a will-o'-the-wiſp through bogs and ſloughs unimaginable, but no moon nor firefly has ſhown me the cauſeway to it. Nature is a perſonality ſo vaſt and univerſal that we have never ſeen one of her features. The walker in the familiar fields which ſtretch around my native town ſometimes finds himſelf in another land than is deſcribed in their owners' deeds, as it were in ſome faraway field on the confines of the actual Concord, where her juriſdiction ceases, and the idea which the word Concord ſuggeſts ceases to be ſuggeſted. Theſe

farms which I have myself surveyed, these bounds which I have set up, appear dimly still as through a mist; but they have no chemistry to fix them; they fade from the surface of the glass, and the picture which the painter painted stands out dimly from beneath. The world with which we are commonly acquainted leaves no trace, and it will have no anniversary.

I took a walk on Spaulding's Farm the other afternoon. I saw the setting sun lighting up the opposite side of a stately pine wood. Its golden rays straggled into the aisles of the wood as into some noble hall. I was impressed as if some ancient and altogether admirable and shining family had settled there in that part of the land called Concord, unknown to me—to whom the sun was servant—who had not gone into society in the village—who had not been called on. I saw their park, their pleasure-ground, beyond through the wood, in Spaulding's cranberry-meadow. The pines furnished them with gables as they grew. Their house was not obvious to vision; the trees grew through it. I do not know whether I heard the sounds of a suppressed hilarity or not. They seemed to recline on the sun-beams. They have sons and daughters. They are quite well. The farmer's cart-path, which leads directly through their hall, does not in the least put them out, as the muddy bottom of a pool is sometimes seen through the reflected skies. They never heard of Spaulding, and do not know that he is their neighbor—notwithstanding I heard him whistle as he drove his team through the house. Nothing can equal the serenity of their lives. Their coat-of-arms is simply a lichen. I saw it painted on the pines and oaks. Their attics were in the tops of the trees. They are of

no politics. There was no noise of labor. I did not perceive that they were weaving or spinning. Yet I did detect, when the wind lulled and hearing was done away, the finest imaginable sweet musical hum—as of a distant hive in May—which perchance was the sound of their thinking. They had no idle thoughts, and no one without could see their work, for their industry was not as in knots and excrescences embayed.

But I find it difficult to remember them. They fade irrevocably out of my mind even now while I speak, and endeavor to recall them and recollect myself. It is only after a long and serious effort to recollect my best thoughts that I become again aware of their cohabitancy. If it were not for such families as this, I think I should move out of Concord.

We are accustomed to say in New England that few and fewer pigeons visit us every year. Our forests furnish no mast for them. So, it would seem, few and fewer thoughts visit each growing man from year to year, for the grove in our minds is laid waste—sold to feed unnecessary fires of ambition, or sent to mill—and there is scarcely a twig left for them to perch on. They no longer build nor breed with us. In some more genial season, perchance, a faint shadow flits across the landscape of the mind, cast by the *wings* of some thought in its vernal or autumnal migration, but, looking up, we are unable to detect the substance of the thought itself. Our winged thoughts are turned to poultry. They no longer soar, and they attain only to a Shanghai and Cochinchina grandeur. Those *gra-a-ate thoughts*, those *gra-a-ate men* you hear of!

We hug the earth—how rarely we mount! Methinks we might elevate ourselves a little more. We might climb a tree, at least. I found my account in climbing a tree once. It was a tall white pine, on the top of a hill; and though I got well pitched, I was well paid for it, for I discovered new mountains in the horizon which I had never seen before—so much more of the earth and the heavens. I might have walked about the foot of the tree for threescore years and ten, and yet I certainly should never have seen them. But, above all, I discovered around me—it was near the end of June—on the ends of the topmost branches only, a few minute and delicate red cone-like blossoms, the fertile flower of the white pine looking heavenward. I carried straightway to the village the topmost spire, and showed it to stranger jury-men who walked the streets—for it was court week—and to farmers and lumber-dealers and woodchoppers and hunters, and not one had ever seen the like before, but they wondered as at a star dropped down. Tell of ancient architects finishing their works on the tops of columns as perfectly as on the lower and more visible parts! Nature has from the first expanded the minute blossoms of the forest only toward the heavens, above men's heads and unobserved by them. We see only the flowers that are under our feet in the meadows. The pines have developed their delicate blossoms on the highest twigs of the wood every summer for ages, as well over the heads of Nature's red children as of her white ones; yet scarcely a farmer or hunter in the land has ever seen them.

Above all, we cannot afford not to live in the present. He is blessed over all mortals who loses no moment of the passing

life in remembering the past. Unless our philosophy hears the cock crow in every barnyard within our horizon, it is belated. That sound commonly reminds us that we are growing rusty and antique in our employments and habits of thoughts. His philosophy comes down to a more recent time than ours. There is something suggested by it that is a newer testament—the gospel according to this moment. He has not fallen astern; he has got up early and kept up early, and to be where he is is to be in season, in the foremost rank of time. It is an expression of the health and soundness of Nature, a brag for all the world—healthiness as of a spring burst forth, a new fountain of the Muses, to celebrate this last instant of time. Where he lives no fugitive slave laws are passed. Who has not betrayed his master many times since last he heard that note?

The merit of this bird's strain is in its freedom from all plain-tiveness. The singer can easily move us to tears or to laughter, but where is he who can excite in us a pure morning joy? When, in doleful dumps, breaking the awful stillness of our wooden sidewalk on a Sunday, or, perchance, a watcher in the house of mourning, I hear a cockerel crow far or near, I think to myself, "There is one of us well, at any rate," —and with a sudden gush return to my senses.

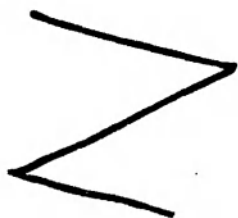
We had a remarkable sunset one day last November. I was walking in a meadow, the source of a small brook, when the sun at last, just before setting, after a cold, gray day, reached a clear stratum in the horizon, and the softest, brightest morning sunlight fell on the dry grass and on the stems of the trees in the opposite horizon and on the leaves of the shrub oaks on the

hillside, while our shadows stretched long over the meadow east-ward, as if we were the only motes in its beams. It was such a light as we could not have imagined a moment before, and the air also was so warm and serene that nothing was wanting to make a paradise of that meadow. When we reflected that this was not a solitary phenomenon, never to happen again, but that it would happen forever and ever, an infinite number of evenings, and cheer and reassure the latest child that walked there, it was more glorious still.

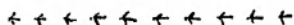
The sun sets on some retired meadow, where no house is visible, with all the glory and splendor that it lavishes on cities, and perchance as it has never set before—where there is but a solitary marsh hawk to have his wings gilded by it, or only a musquash looks out from his cabin, and there is some little black-veined brook in the midst of the marsh, just beginning to meander, winding slowly round a decaying stump. We walked in so pure and bright a light, gilding the withered grass and leaves, so softly and serenely bright, I thought I had never bathed in such a golden flood, without a ripple or a murmur to it. The west side of every wood and rising ground gleamed like the boundary of Elysium, and the sun on our backs seemed like a gentle herdsman driving us home at evening.

So we saunter toward the Holy Land, till one day the sun shall shine more brightly than ever he has done, shall perchance shine into our minds and hearts, and light up our whole lives with a great awakening light, as warm and serene and golden as on a bankside in autumn.

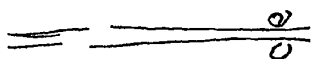
Hemos agregado a esta reedición de nuestro *Caminar* una muestra de los dibujos de Thoreau que representan pasos y huellas de distintos animales, otros caminares. Todos estos dibujos fueron rastreados en los diarios de Thoreau de entre los años 1851 y 1860, sus últimos años de vida, por la profesora Kathleen Coyne Kelly de la Northeastern University. Esta marginalia de pequeños bosquejos, que no son más que trazos sutiles y simples, es fruto de la concentrada observación por parte de Thoreau de esa Naturaleza que compartimos con otras especies. Sus dibujos eran bosquejos que le ayudaban a describir o recordar lo que observaba en el campo: plantas, formas del hielo, huellas, movimientos de animales, nubes o rastros del viento, todo tipo de fenómenos naturales que pudieran reproducirse y significar en unas cuantas líneas. El trazo del lápiz se vuelve otra manera de ver, de recordar y de archivar.



1. Recorrido de vaca en zigzag, 1856.



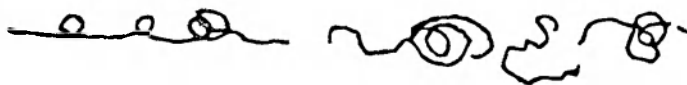
2. Huellas de perdiz, 1856.



3. Huellas de nutria, 1855.



4. Huellas de nutria, 1856.



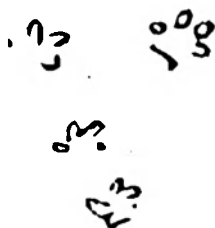
5. Huellas de oruga, 1859.



6. Huellas de ratón, 1857.



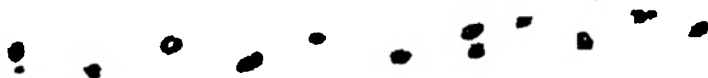
7. Huellas de ratón, 1855.



8. Huellas de conejo, 1855.



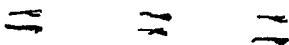
9. Huellas de conejo, 1856.



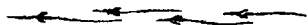
10. Huellas de zorrillo, 1854.



11. Huellas de cuervo, 1859.



12. Huellas de cuervo, 1859.



13. Huellas de cuervo, 1856.



14. Huellas de ardilla, 1856.



15. Huellas de zorro, 1855.

HENRY DAVID THOREAU

(1817-1862)

Ensayista, poeta, conferenciante, además de agrimensor, fabricante de lápices y naturalista, Henry David Thoreau nació y murió en Concord, Massachusetts. Un apasionado de la naturaleza, a lo largo de su vida le dedicó largas horas diarias a observar y reflexionar acerca de la flora y fauna de su región. Dispuesto a alejarse de la sociedad y sumergirse en la naturaleza, Thoreau se fue a Walden Pond el 4 de julio de 1845, donde se construyó una cabaña y vivió solo durante dos años. Su obra *Walden*, publicada en 1854, relata su vida en los bosques de Concord. *Civil Disobedience*, un ensayo también destilado de su experiencia, surgió en 1849 a partir de una noche que Thoreau pasó en la cárcel en protesta de una guerra injusta y a la esclavitud. En su búsqueda por enaltecer la vida y sus valores, el pensamiento de Thoreau ha permeado no sólo el ideario estadounidense, sino también el de algunos opositores pacíficos como Lev Tolstoi o Mahatma Gandhi.

impronta.minúscula es una colección de reediciones de libros que originalmente formamos en linotipo y tipografía móvil e imprimimos en las prensas antiguas de nuestro taller. Debido a la lenta manufactura de estos libros, decidimos reeditar aquellos títulos que se han agotado para que puedan volver a circular, en otra forma y materialidad. Estas reediciones no implican la ardua labor de sus primeras ediciones, son más accesibles y de bolsillo. Que no se acaben nunca los libros.

Caminar de Henry David Thoreau

terminó de imprimirse en septiembre de 2023 en los talleres de Impronta Casa Editora en Guadalajara, México. Las ilustraciones son de J. Clemente Orozco Farías. La edición estuvo a cargo de Helena Aldana, Alexia Halteman y Carlos Armenta. Los interiores se imprimieron en una Risograph RZ390 por Gerardo M. Espinoza. Las portadas son impresión tipográfica, con formación en linotipo a cargo de Rafael Villegas. Encuadernación realizada por Gina Villegas y Mariana Ramírez. Gestión editorial y administrativa a cargo de Nancy Sepúlveda y Zaira Moreno. Para los interiores se utilizó Snowcream. Para los forros se utilizó papel Tiziano. La edición consta de 770 ejemplares.



**¿Qué asunto
tengo en el
bosque, si estoy
pensando en algo
fuera del bosque?**

ISBN 978-607-99585-0-3

impronta.minúscula

9786079958503